



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO
ABRIL-MAYO
2019



No. *19*



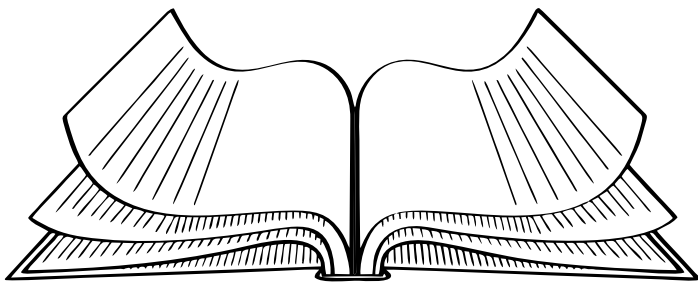
POR ESCRITO

¡SÍGUENOS!

www.porescrito.org

-  /porescritomx
-  @PorEscrito_
-  @revistaporescrito
-  Por escrito





PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

No. 19

www.porescrito.org

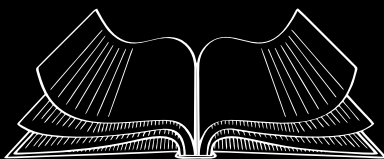




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Un primer poema Miguel Reyes	7
VII Etienne Fajardo	8
X Etienne Fajardo	9

FIRMAS

Fue tragarse de golpe el hielo Yamil Narchi Sadek	11
Crucifixión Yamil Narchi Sadek	12
Yo vi al león Andrea Fischer	13
Anorexia María Elena Sarmiento	14
Ocaso de un rey Juan Carlos Padilla Monroy	15
Viudivorciado Enrique Héctor González	16
Tres partes Enrique Héctor González	17
El hombre antorcha Virginia Meade	18
Tan violeta Cecilia Durán Mena	23

IMAGINARIO.....29

VOCES

Ambulantes	
Daniel Zetina	29
En su mirada	
Gabriela Gorches	32
Un último hombre	
Raúl Sanz	33
La hora del té	
Gabriela Gorches	36
La impostora	
Gabriela Gorches	42
La siega	
Geovanni Castillo	44
Solobino	
Susana Corcuera	47
El paranoico	
Ana G	49
Se fue con el agua	
Alexander Lagunas	51
Menú	
Francisco Duarte Cué	53
Mei	
Rodrigo Trujillo Lara	54
Yo siempre quise ser Rafael Inclán	
Carlos Azar	56

CONVERSACIONES

Artists 4 Israel, una conversación con Craig Dershowitz	
Cecilia Durán Mena	60

Hablando por escrito

Con enorme regocijo les comparto que Pretextos literarios por escrito evoluciona y se convierte en un proyecto transmedial. Ahora nuestras narrativas brincan de los renglones físicos y digitales para convertirse en ondas sonoras. Nuestras letras se despliegan a través de múltiples plataformas para seguir en nuestro empeño de atrapar lectores para nunca dejarlos ir.

Mirar el camino andado es una invitación esperanzadora para entrar al mundo de las letras. Es momento de celebración. A veces creo, igual que lo hacía Alfonso Reyes, que a nosotros nos sigue el sol. Además de la revista impresa, de la publicación digital, puedes seguirnos en nuestra edición radiofónica en Spotify. Acompañada por dos escritores: Juan Carlos Padilla Monroy —a quien se le ocurrió la idea de producir un programa de radio con el material de la revista— y la increíble voz del novelista Raúl Sanz conformamos un trío que se divierte dando rienda suelta a nuestros pretextos literarios, nos atrevemos a ir tras el conejo blanco, analizamos cuestiones metaliterarias, indagamos sobre autores desconocidos, conversamos, leemos poemas, cuentos y relatos que se han publicado en estas páginas y al igual que aquí, nos damos un ultimátum. Procuramos motivos para leer y más leer, como recomienda Sor Juana. El talento de nuestras jóvenes productoras, María Inés Rendón de Jesús, Lorena y B. Abril Nava Hernández queda de manifiesto al escuchar la primera temporada de estas emisiones que ya pueden encontrar en Spotify. No se las pueden perder.

Hemos trabajado mucho para dar impulso a nuestras redes sociales. La labor que se ha llevado a cabo por Natalia Figueroa a cargo de Instagram, Carolina Grimaldi que se encarga de Twitter, Ginger Jabbour con su maravillosa estrategia en Facebook, María José Canto que se encargó de publicar nuestra página en Wikipedia habla de su capacidad de convocatoria. Gracias a ellas hemos atrapado a muchos lectores. La coordinación de nuestra editora ejecutiva Andrea Fischer ha sido clave para dar estos saltos que nos ayudan a difundir contenido. Estamos creando mundos significativos que giran alrededor de las letras.

La selección y arbitraje de todos los textos que nos envían sigue a cargo de un equipo riguroso que me acompaña: María Elena Sarmiento, Virginia Meade, Yamil Narchi Sadek quienes también

colaboran en el cuidado editorial de Pretextos literarios por escrito.

Estamos trascendiendo las fronteras que separan al lector y al escritor, organizando en la sede del Museo de Memoria y Tolerancia en la Ciudad de México, conversatorios que cierren el vínculo glorioso entre quien lee y quien escribe.

Queremos ofrecer a nuestros lectores una experiencia significativa que los impulse a leer. Recorran la oferta que hemos preparado para ustedes. Me parece que vamos por buen camino.

Por supuesto, nada de esto sería posible sino fuera por la generosidad que se vierte sobre este proyecto. Pretextos literarios por escrito es una revista de distribución gratuita, el trabajo de todos los que participamos es ad honorem. Poetas, narradores, ilustradores, fotógrafos, locutores, productores, comunicadores ponemos nuestro granito de arena para que cada dos meses podamos editar el número que hoy estás leyendo. Dice un proverbio chino: “Cuando comas brotes de bambú, recuerda al hombre que los plantó”. Gracias.

Este equipo cree en las palabras de Franz Kafka: “*La literatura es siempre una expedición a la verdad*” y porque sabemos que “la verdad nos hará libres” seguimos seduciendo lectores, con el fin de atraparlos para nunca dejarlos ir.

Con ustedes, el número 19.

La editora general.



ANDREAFIS

Un primer poema

Miguel Reyes

Este poema, será el que encontrará mi esposa
una tarde decembrina mientras limpiamos la casa.

Este poema, será el que arrebataré de sus manos
diciéndole que lo escribí cuando era joven,
cuando me creía poeta.

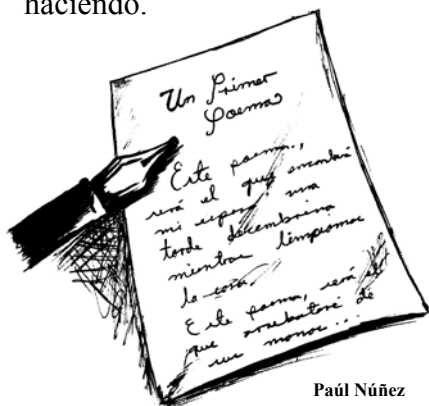
Este poema es el hijo bastardo, al que oculto,
al que nunca nombré y del que me avergüenzo,
pero no puedo borrar.

Este poema, es el que pediré me lean
cuando esté acurrucado en mi ataúd.

Porque este poema es genuino,
es el producto de la inocencia de un joven
que sin conocer lo que significaba,
la primera noche decidió lanzarse al vacío sin pedir nada,
por el sencillo placer de sentir el vértigo
que existía en llenar de silencios la página hueca.

Este poema es todos los poemas de los que nos
arrepentimos.

Este poema es nuestra vulnerabilidad expuesta;
es desnudarnos para decirle al mundo que a veces,
la mayoría de las veces, no sabemos qué estamos
haciendo.

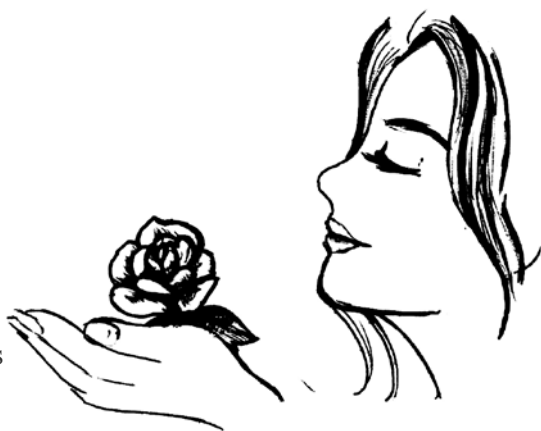


VII

Etienne Fajardo

Del libro inédito de Urbanismos

Si de mis brazos llorosos
comienzas a escuchar
las rosas hirvientes
avanzando hacia el mar
¿Podrás ya leer
mis caligrafías?
Dibujando sobre tu espalda
Letras mayúsculas
Aprendo las virtudes del silencio
¿Por qué tendríamos que vivir
del otro lado de las colchas?
Sonidos sin sortear
los acertijos del lenguaje
Bocas sordas
y oídos mal calibrados
un ruido tan molesto
como oscuro
¿Sería más elocuente
la danza ridícula de los pies
que pierden el suelo?



X

Etienne Fajardo

Del libro inédito *Urbanismos*

La maravilla
un tiempo largo

no un instante

tampoco mucho tiempo

La vida es una cosa
Y otra el cuerpo que te quitas
como si fuera un pantalón
para dejarlo ahí colgado

Yo no vi ningún prodigio
Me lo contaron todo

Yo no vi el cuerpo

Pero estaba suspendido
en medio del aire

Sólo una cuerda
(que no se puede mencionar más en tu casa)

y no puedo imaginar qué
cuerda
puede sostener la maravilla
debe haber sido muy hermoso

los ojos entonces se me llenaron
de lágrimas
todavía lloro

no de tristeza
capricho de la vulgaridad

tuve tiempo ya para pensar en eso
es conmoción
es ternura
es una larga desolación
que también cuelga
que no se va como la vida

La vida no se quedó colgada
pero no está
en ninguna parte

El cuerpo lo bajaron

Lo lloramos mucho

Lo deshicieron con fuego
como se deshacen los pecados
(grandísimo idiota pecaminoso)
y las infecciones

Lo guardaron

Lo metieron en la pared

El cuerpo lo sabemos
ya no cuelga

Una cosa es lo que dejás
colgado
el cuerpo
y otra cosa es la vida
la vida se perdió en ninguna parte



Fue tragarse de golpe el hielo

Yamil Narchi Sadek

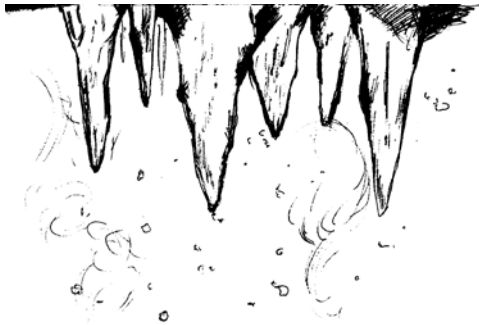
fue tragarse de golpe el hielo
el cierre de la voz
la llaga de dientes y cabeza

resbalar

estar hincado y amagado
de pie

ni tu risa de agua tibia
ni tus brazos
ni el tequila a bocanadas

el miércoles me habías contado del dolor



Crucifixión

—Yamil Narchi Sadek—

Me dices
— desde tus brazos fijos
y tu exhibición de museo —
que no ponga cuencos bajo tus manos
ni gasas en tus pies

que no se le niegan a nadie
las rosas de la sangre

que la salvación no es un asunto limpio

antes de andar de nuevo
para escribir el poema
o esculpir la piedad



Paúl Núñez

Yo vi al león

Andrea Fischer

yo vi al león
estirado sobre el colchón
con la pancita hacia la ventana
dándose un bañito de sol

yo vi al león
que era más bien leoncita
con los ojitos cerrados
y la mandíbula suelta

yo vi al león
exhalando pesadamente
ronroneando
como una lancha apacible



Anorexia

María Elena Sarmiento

(Publicado en *Cuentos del cuerpo*)

Adriana se inspecciona en el espejo. Su ritual matutino empieza por el cabello en estricto orden descendente y culmina siempre en el horror de los muslos gordos. De niña soñaba al cocinero mirándolos y saboreándose los. Jamás llega a supervisarse los pies.

Se observa la cara: los ojos grandes, la nariz recta, los labios delgados. Abre la boca para ver el chicle de hierbabuena. Está más verde. Es una marca nueva, sin calorías. Con razón le sabe a pasto.

Sonríe levemente para contrarrestar el apodo de “trompuda” que le adjudicaban sus hermanos por los corajes que hacía cuando alguien le llamaba flaca. ¿Cómo no se iba a enojar ante el sarcasmo despiadado?

Algo no está bien. Su rostro pierde verticalidad. Lo ve prolongándose hacia delante de tal forma que la sonrisa es apenas una línea bajo los orificios nasales. Se esfuerza por ver el chicle de nuevo y nota que los dientes superiores han desaparecido.

Alarmada, se mira el cuerpo. La piel está mucho más oscura que la suya. Tiene manchas blancas. ¿Vitiligo? Las carnes le cuelgan a los lados. No soporta ver su cuerpo así. Sube la mirada y ve que le han salido unas prolongaciones en la cabeza. Parecen cuernos.

Desconfiando del espejo, se agacha a ver los muslos por sí misma. Siempre ha sido elástica. Se inclina tanto que sus manos se apoyan fácilmente sobre el piso, pero ni así se alcanza a ver los muslos. Trata de tocar el espejo, pero no puede levantar los brazos. ¿Se alargaron?

No se puede volver a incorporar. Donde debería estar su mano derecha sólo encuentra una masa compacta que parece pezuña. Sus terrores de infancia la alcanzan. Se ha convertido en una vaca, sólo es cuestión de tiempo el llegar a manos del cocinero.



Ocaso de un rey

Juan Carlos Padilla Monroy

Aquí estoy, sentado en mi enorme trono, miro a quienes humillé, pisoteé y escupí.

Una tribuna oscura al centro del recinto; mi hermoso trono y yo, completamente solos...

Consigo silenciar todas las voces y contrasto el sonido del aire que aprisiono; puedo sentir mi corazón palpar lentamente.

No logro entenderlo, lo tengo todo...

Eliminé a todos mis enemigos y padezco una extraña sensación de vacío dentro de mí, la melancolía me inflige, estoy llorando e indiferencia siento ante mis puños apretados y mi llanto se arrodilla vencido...

No puedo creerlo, no puedo... no hay quien consuele mi abrumado corazón.

Nunca permití que alguien me abrazara, me ayudara, conquisté el poder, la gloria y el honor...

Mi triunfo no fue tan difícil como lo es ahora, porque noble soy y noble he de morir... ahora no... teniendo todo no poseo nada.

La corona es mi honra, las ricas vestimentas que ahora porto mi linaje y el cetro mis victorias, pero ahora estoy solo.

¿Puedo competir si no hay rival, puedo gobernar si no hay a quién dirigir?

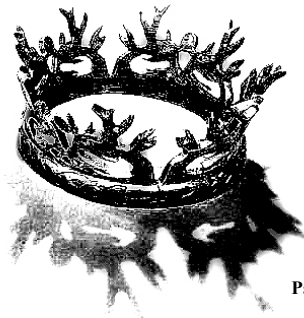
Estoy solo y no puedo soportarlo más.

Decido precipitadamente, tomo mi espada y con su delicado filo abro profunda herida, ¡asesino! veo fluir mi vientre lacrimoso.

Olvido el dolor mientras recuerdo mi infancia y juventud, las glorias y triunfos, puedo reconocer gente que me quiso; nuevamente lloro cuando mi vida se extingue.

Se dilatan mis pupilas, dejo de apretar los puños mas la muerte no se siente satisfecha hasta que finalmente expiro, la sangre fluyó por el suelo de mi propio templo y no hubo quien llorara mi cuerpo.

Creí vivir y recordé haber vivido ya, reencarné por castigo de mis actos, busqué la verdad y erré, todas mis filosofías fueron falsas y las tomé como ciertas pero nada puedo ya cambiar, deseo volver al triunfo y la conquista, si antes fue sencillo ahora no lo será, soy un hombre gris en este momento, y vuelvo a llorar.



Viudivorciado

Enrique Héctor González

Después de oírla reclamar una infinidad de insensateces, y solo cuando lo intentaba por tercera vez, consiguió descansar la mente en el jarrón tornasolado que estaba al centro de la mesa. No podía hacer menos. La mujer no paraba de hablar y a él hacía tiempo que las palabras apenas lo seducían. Había llegado puntual a la cita; incluso había tenido que esperar a que ella saliera del baño y se maquillara un poco. Sabía lo que le esperaba, así que unos minutos de tranquilidad antes del inevitable episodio de ira no eran del todo desechables. Puso un disco mientras tanto. Le sorprendió encontrar en la charola el de *gospel* que le había regalado a ella la Navidad pasada. Dijo no gustar de él, pero ahí estaba, listo para ser escuchado. Se sentó luego a fumar y a esperar. Media hora más tarde ella había montado ya su colérica comedia. Las frases arrebatadas, formuladas a gritos o entre sollozos, desplazaban el sinuoso silencio de la música como un ramillete de furiosas piedras arrojado al agua demacrada de un estanque sin ruido. Engañaste al abogado, he estado durmiendo muy mal, eres un desgraciado, ¿quieres un café?, ya son casi tres meses, ¿por qué pusiste ese disco?, me la paso en Valle los fines de semana, deberíamos intentarlo de nuevo, vete al carajo: frases despedidas con dureza, pronunciadas sin gran convicción, cortadas al galope incesante de los nervios crispados, que lo dejaban cada vez más intacto, como si se las estuvieran diciendo a otro hombre en una serie de bajo presupuesto, hasta que la visión del jarrón consiguió serenar su mente. Dejó de oírla. Se concentró en la geométrica iridiscencia de esos reflejos. A punto de llegar a la somnolencia perfecta, oyó un ruido tras de sí. Aún no terminaba de volverse cuando el cuerpo de la mujer describió una puntual trayectoria que lo dejó horizontal sobre la alfombra blanca. Hizo al caer otro ruido, rojo. En su mano derecha, la pistola negra destacaba sin sobresaltos. Él apenas pudo integrar los tres colores en su vista distorsionada por la lujosa luminosidad del jarrón. Se puso de pie. Caminó un rato por la estancia y luego volvió al sillón que equidistaba de las bocinas. No quiso interrumpir la música. Oyó el disco hasta que la *Canción del verdugo* se dejó de escuchar claramente en la noche.



Eduardo Caballero

Tres partes

Enrique Héctor González

I

Se sentía tan cansada que dejó de pensar. Tomó un libro sucio de tapas desapacibles y se abandonó a una lectura que sin duda suponía reconfortante. La piel de sus labios reseca disfrutaba el chasquido incesante de la lengua de la mujer que, en el texto, besaba húmedamente a sus amantes como quien moja apenas una servilleta en el néctar anémico de una devoción endeble.

II

Se quedó dormida con los brazos colgando hacia fuera del sillón, las manos abiertas al asombro nocturno, el índice de una de ellas estirado para sostener el hilo del sueño pendular, petrificado en el hipnotismo de la desilusión: la novela la aburrió profundamente.

III

A las cuatro de la madrugada se despertó para leer, ya sin ninguna esperanza, el último capítulo. Todavía creyó que un puñal agazapado podía hurtarle a la noche alguna sorpresa digna de Cortázar. No fue así; no murió acuchillada por su novio celoso o por un hijo de vecina. Sin embargo, el mundo se partió en tres segmentos iguales desde esa noche: el primero, el de su vida de viuda desolada; el segundo, el de la disolución definitiva de su gusto por leer a deshoras; el tercero, el del protocolo del sueño, que nunca volvería a ser el río sosegado del principio. A partir de esa noche, la línea divisoria que separa a la mujer de un hombre, de un libro o de un descanso reparador, la dejó al borde de sí misma para siempre.



Paúl Núñez

Semblanza del hombre antorcha

Virginia Meade

Cuando pienso en él, me lo imagino sentado en el borde de la barda, columpiando sus piernas y pies mugrientos; sujetándose con fuerza de la orilla de ladrillos para evitar salir disparado, ¡porque tiene tantas ganas de vivir, de hacerlo todo! Cree que sus ilusiones de repente se lo llevarán a todos esos lugares que desea ver, o, mejor dicho, lo que sospecha que existe fuera de la rancharía, cree que si no ha despegado es porque necesita saber más y a eso se aferra para no volar.

Otras veces, puedo verlo montando a la Campana, su vaca favorita. El calor le quema la cabeza rubia que es diferente a la de sus hermanos y parecida a la de su padre. El movimiento suave y lento del animal y el sonido del cencerro lo tranquilizan. El niño y el cuadrúpedo se conocen bien, recorren el mismo camino todos los días. Despreocupado, se deja llevar por sus ensoñaciones.

Muchos años después, dirá que el mejor olor del mundo es el estiércol de las vacas; huele a hierba tierna con un toque amargo, además es sincero porque no se esconde.

El Güero siempre está en problemas, por lo que sus padres le encomiendan obligaciones fuera de la casa y, aun así, no falta día que no sea acariciado por la mano santa de su mamá o el certero cinturón de su papá. Él entiende que se excede, pero qué culpa tiene de que sus ideas vayan más allá de la mera obligación, tres horas para barrer el patio es lo que requiere para dejarlo al gusto de su mamá.

El Güero se apuntó para recoger los huevos muy temprano cada mañana; obligación que nadie quiere. Abre con cuidado la puerta de madera y tela de aluminio del gallinero, para sacar de cada uno de los nidos, los huevos tibios que va colocando en la pequeña cesta de palma; al mismo tiempo saluda y deja salir a sus hermosas gallinas. Se detiene para saludar especialmente a su consentida, la Güera, toma uno de sus huevos que para él son los más deliciosos del mundo, rompe con cuidado el cascarón y saborea la clara y luego sorbe con fruición la yema que deja una huella indeleble en la cara y en la camisa limpia de la escuela. El niño la trata de limpiar con su mano, pero únicamente logra una horrible mancha marrón, que será la primera de sus medallas del día.

Después de la comida, si no es su turno de lavar los trastes, le gusta subirse a la barda de su casa a pesar de que su padre le quitó la escalera de madera para evitarlo, pero él encontró un excelente remedio, se ha dado cuenta que sacando un poco los ladrillos anaranjados puede trepar por el muro. Poco a

poco, ha ido construyendo los escalones para subir a su observatorio personal; desde ahí logra ver la casa de Simonita y sus hijos. Ella compra cientos de cohetes y los vende a sus vecinos para celebrar los días de fiesta; sus hijos los meten en barriles que llenan con aserrín para protegerlos y los guardan en un cuarto; los que no caben, los apilan contra un muro. Al pequeño le gustan las palomas, por su forma de triángulo y el sonido que hacen al tronar. Está tan cerca de ellas que estirándose puede alcanzar una, decide dejarla bien metida entre dos tabiques como un tesoro.

Si se pone de pie, es capaz de ver la casucha donde vive el Negro, la gente lo llama el cubano; fue un beisbolista de un equipo en Veracruz, aunque nació en Cuba. Su carrera florecía hasta que se arruinó la rodilla y ahora cojea. Él está casado con Pachita que es la curandera de por ahí; arregla los huesos, los empachos y las heridas feas.

El Negro tiene un perro oscuro como el carbón. El Ciri es pazuato, carga pulgas y es igual o más feo que su dueño, por esas razones no lo quieren dejar entrar a la casa. Hace muchos años, Pachita le dio un ultimátum al Negro: tienes que elegir entre el puro o yo. Todos saben que el reto incluye: al puro y al perro. Él siempre dijo que prefería el puro, pero se sospecha que también prefiere al Ciri que a Pachita. Por eso, de la noche a la mañana construyó la casucha con lo que se encontró.

Cuando el Negro se estaba muriendo, el perro estaba acostado bajo el catre de su amo.

En el velorio, Pachita contó que no podían entrar a la casucha para sacar el cuerpo de su marido porque el perro no los dejaba. Ella describió cómo los ojos del animal parecían del demonio, su cabeza se hinchó del coraje y enseñaba los colmillos. Tuvieron que matar al Ciri de un plumazo para poder sacar al Negro. Pachita decidió que los enterraran juntos en el panteón de la iglesia de San Bartolo, ya que el Negro quería mucho al perro.

Pachita, tan pronto regresó del panteón, arrojó todo el petróleo que tenía sobre la casucha del Negro y sin más preámbulos, le prendió fuego, haciendo rezos para que se fuera el demonio, y se metió a su casa.

El Güero vio las llamas desde el patio donde estaba jugando con las canicas y corrió a la barda. Creyó que Pachita necesitaba ayuda; fue al cuarto donde se lavaba la ropa y sacó tantas cajas de cartón como pudo abrazar y regresó a la barda, desde donde las aventó al fuego. Se quedó ahí hasta que las brasas se apagaron.

Miró hacia donde estaba la casucha y encontró en su memoria al cubano, renqueando por el terreno, siempre vestido de negro y fumando su puro apestoso, y a su lado el mugroso Ciri.

En las noches, mientras oscurece, el Güero observa cómo las estrellas aparecen, tachonando el cielo; les ruega que cumplan sus anhelos y tiene tantos como luces en el firmamento.

Un par de acontecimientos le impedirán que suba a su observatorio; el primero, es el día de la Independencia; como es muy latoso, lo corren de la cocina materna y suspirando, se refugia en su barda. Desde ahí ve el movimiento general para la noche mexicana, admira los papelitos picados colgados entre las casas y los faroles de papel. El Güero está inquieto, no sabe qué hacer, todavía le duele que lo hayan corrido, juega con el cerillo que alcanzó a robar de la cocina y que todavía está rojo en la punta; malabarea con él de una mano a la otra.

El cerillo también quiere jugar y su punta caliente lo quema, el niño lo avienta y el palito alcanza la hilaza de la paloma. El Güero encantado observa cómo el hilo blanco se pone ora rojo, ora azul y amarillo. El fuego moribundo se acerca más y más a la paloma. De repente, un polvo azulado explota del interior del cohete. Al mismo tiempo que chilla, se dispara cayendo al tobogán de una resbaladilla que lo cambia de trayectoria justo hacia la puerta abierta del almacén de cohetes.

El ruido que hace al principio es como un siseo juguetón y decenas de lucecitas se encienden dentro del cuarto, hasta que los chilloneros, los ratones, las grandes palomas y los zumbadores empiezan a bailar e iluminan la calle.

Al principio es maravilloso, hasta que la pólvora provoca que tosa y lagrimee. Las náuseas invaden la garganta. Siente las manos fuertes de su papá que lo sujetan por la cintura y mientras lo baja, le grita alarmado: Güero, muchacho del demonio, ¿qué no vez que te vas a quemar?

La sorpresa del abrazo le encanta y, por un instante, se olvida que estaba castigado. También se sorprende que su papá lo hubiera encontrado, porque su observatorio está perfectamente escondido tras la chayotera. Cuando entra a la casa, sus hermanos están asustados. De la calle se escuchan los gritos de Simonita, la dueña del terreno, a sus hijos: ¡Fulano!, ¡Zutano!, ¡sé está quemando todo! Tanto el padre del Güero como el resto de los vecinos están llevando cubetas, barriles, lo que se pueda, unos llenos de agua y otros de arena para apagar el fuego. Nunca se supo cómo pudo estallar el almacén.

El otro acontecimiento tuvo graves consecuencias, la escalinata, su obra de ingeniería ya no existe. El Güero cada vez sacaba más y más los ladrillos; jugaba con el polvito que desprendían y que cuando está caliente arde en las manos. El niño se había dado cuenta de que los ladrillos se movían, pero para él, balancearse es parte de la vida. La barda fue debilitándose tanto que una mañana, mientras su mamá lavaba la ropa para ponerla al sol, se derrumbó; hizo un ruido horrible y dejó al descubierto el patio de la casa de junto.

La mamá del Güero hace toda una ceremonia para lavar las camisas de su esposo. Las remoja, les repasa el cuello y los puños con su jabón de barra 1, 2, 3 y, orgullosamente, las pone al sol. Para que éste, si es posible, las blanquee más. Parecen velas de un barco colocadas sobre la arena de una playa solitaria. Suspirando, después del esfuerzo, las mira con orgullo; decide hacer un alto y meter al horno las charolas de galletas que ya tiene listas. Sus hijos revolotean en la cocina como las gallinas y le cuesta mucho trabajo que se estén quietos; le da una encomienda a cada uno. Necesita que le enciendan el horno y, como el más atrevido es el Güero, le hace unos cucuruchos para que lo haga. El Güero es muy arriesgado. Es el tercero de seis hijos y siempre está en medio de todo. No es lo bastante alto para ser de los grandes y es muy grande para ser chico. El niño toma el cucurucho que es una media página de papel estraza y, con soltura, lo prende. Mete al horno el papel llameante y crujiendo y enciende la hornilla. Lo saca y agita para apagarlo; entonces se le ocurre que es un cigarro y lo lleva a los labios; oye gritos y de mala gana debe deshacerse del pitillo, decide tirarlo al bote de basura, pero está tapado; se le hace fácil tirarlo hacia el patio de lavado. Con cuidado mete las charolas de lo que sabe serán deliciosas galletas y cierra la puerta del horno. Sus hermanos empiezan a brincar señalando hacia afuera: ¡algo se quema! Las hermosas camisas están incendiándose; el trabajo de toda la mañana está perdido y también perdido está el Güero. Ya sabe lo que le espera. De más está decir que su papá se quedó sólo con la camisa que traía puesta.

La barda está arreglada, su papá culpó a todo el mundo, incluso a él mismo, porque fue quien la levantó; aunque sospecha, no puede creer que un escuincle flaco y esmirriado haya podido... no, imposible, se dice a sí mismo.

Una hermosa tarde, el niño se sube a la barda, que ahora es tan ancha como su pie por lo que puede caminar con comodidad. Su papá la reforzó y el niño siente su fortaleza. Está tan bien hecha que puede perseguir a los gatos mientras su mamá lo amenaza con la escoba si no se baja. La felicidad lo llena; su mamá ni en mil años lo alcanzará. Hoy no.

En ese lugar un poco olvidado por Dios y por el gobierno, no pasa el camión de la basura; cada familia debe lidiar con ella. En la casa del Güero cada

quince días se quema. Se van formando montones. Como es una obligación despreciable, nadie la quiere hacer. Aprovechando que es una ocupación que se hace fuera de casa, y como el Güero perpetuamente está castigado, pues es su obligación.

Hoy el día ha estado aburrido y tampoco ha llovido en mucho tiempo; el niño está chorreado, tiene quince días sin bañarse o quizás, hasta tres semanas. Odia la obligación del agua y se escapa de su mamá una y otra vez. Le toca quemar la basura; su plan es trazar un pasillo entre las pilas que se han juntado por meses; le riega el petróleo diáfano en ambos lados y luego enciende su obra maestra, al final se sentará en una piedra hasta que todo se apague.

El plan resulta: las paredes de fuego son casi de su tamaño. Decide que desafiará las leyes del universo. Correrá con los brazos en alto, gritando que él, el hombre antorcha, es el más poderoso. Una y otra vez cruza por el pasillo corriendo y gritando soy el invencible hombre antorcha. Su cara, sus brazos y piernas cada vez están más tiznadas. Cuando las llamas se van sofocando, hace una reverencia, mientras una de sus hermanas le grita a su mamá que el Güero anda encuerado. Su playera y sus shorts de algodón, al pasar por entre el fuego, han volado como alitas de ángel.



Paúl Núñez

Tan violeta

Cecilia Durán Mena

Me pregunto si al recordar, logramos desafiar a Cronos y conseguimos detener el tiempo. Me pregunto si con un con un recuerdo, extendemos una red para atrapar los minutos, si perforamos los segundos con un alfiler y conseguimos atraparlos en un frasco para reutilizarlos en el futuro. Qué es lo que hace que broten esos momentos ya vividos, porque cuanto más me esfuerzo por revivirlos se vuelven más esquivos. El carro del tiempo no sabe quedarse quieto. Sin embargo, hay chispazos que detonan la memoria: un color, un aroma, una canción son suficientes para transportarte a ese episodio de la vida. Es como si un disparo te metiera en un hoyo temporal, te aspirara del presente y te abdujera para ponerte en ese otro lugar, una vez más.

Algunas veces el recuerdo es tan fugaz que lo olvidas. Tal vez sea que en el fondo uno quiere olvidar. Otras, la abducción es tan poderosa que te deja habitando en ese lugar aun cuando sabes que ya no estás ahí. Es como ponerte frente a la presencia de Kairós, el dios del momento indeterminado donde las cosas especiales suceden. Para los adoradores del hijo menor de Zeus, las cosas suceden en el tiempo indicado. Ese fue el caso. Se abrieron las ventanas del porvenir. Entonces, como ahora, los primeros días de primavera teñían a la ciudad de morado porque todas las jacarandas se había puesto de acuerdo para florecer al mismo tiempo. Igual que hoy, aquella vez me había estacionado en ese lugar o casi en ese lugar: la vista era idéntica. Los racimos de color violáceo cubrían las copas de los árboles y dejaban una capa de tubitos desde azul pálido hasta morado obispo que caían al suelo formando alfombras que hacían pensar que el asfalto ya no era negro.

Al igual que aquel día, varias de esas florecitas volaron hasta el parabrisas del auto. Formaron una fila ordenada, como si estuvieran decididas a ser el muestrario los diferentes tonos tan iguales y tan distintos de la jacaranda. Tal vez fue el clima templado de inicios de la primavera, el olor a palo de rosa que desplazaba el aroma a llanta quemada de los estacionamientos, la voz rasposa de Bob Dillan o que ambos sabíamos que, a pesar de las promesas, no nos volveríamos a ver lo que marcó el momento. Quizás fue que acababa de leer ese poema de Sor Juana que insiste en que *Yo no puedo tenerte ni dejarte, no sé si porque al dejarte o al tenerte, se encuentra un no sé qué para quererte y muchos sí sé qué para olvidarte*. Javier insistió en que nos tomáramos una foto, fue la última. Debe estar en alguno de los archivos de mi computadora, pero no hace falta recuperarlo. Con sólo cerrar los ojos puedo volver a ver esa cara barbada, esa cabellera rizada, esas pestañas tan largas y esa mirada color miel que tenía el poder de hacerme sentir tan pequeña que podía meterme en el bolsillo trasero de su pantalón y tan grande que el mundo me cabría en una muela.

Me pidió que girara la cara para que lo mirara a él y no a la cámara. Extendió el brazo y apretó varias veces el disparador. Toma, te la dejo, para que

me la cuides mientras nos volvemos a ver. Mándame las fotos por correo postal. Sí. Imprímelas. Las fotografías digitales no tienen sentido. No le pregunté a dónde debía enviarlas, tampoco me lo dijo. Javier fue ese enamoramiento con el que se te acaba la juventud. Ese que se lleva los motivos para creerlo todo, que acaba con la necesidad de prometer de más; que termina con la deliciosa despreocupación, con la certeza de que el mundo no tiene fin pero que te cabe en el hueco de la mano. Después de Javier, la realidad me cayó encima como un torrente de hielos sobre la espalda.

Con Javier, se clausuró esa ilusión de salir con el hombre más guapo de la tierra sin darme cuenta que su condición de trotamundos escondía una realidad evidente para todos menos para mí. Dicen que escribe y no publica, que pinta cuadros que nadie ve, que tiene dinero pero no gasta. Se acabaron esos delirios de querer ver el mundo a través de las aspiraciones, deleites, opiniones de la encarnación de Eros y del gusto por esa boca que sabía a tabaco oscuro y a hierbabuena. Ya no recuerdo a qué vino a la ciudad, me parece que dijo que estaba haciendo fotografías para una revista importante. Seguro fue Kairós y no Cronos el que metió la nariz. Nos topamos por casualidad, en una calle cercana a la universidad. Venía cargada de libros y se ofreció a ayudarme. Nunca me imaginé que su presencia se prolongaría por algún tiempo y que se convertiría en alguien tan importante. No sé por qué, casi siempre lo tengo condenado al olvido. En las ofuscaciones de la posteridad, asoma un día la inevitable duda analítica, decía Alfonso Reyes.

Había algo de esa guapura de Javier que se contagiaba, no nada más a mí, se irradiaba. Él era algo así como la primera copa de vino rosado en los últimos días de invierno y yo era tan original como un café americano que acompaña a un buen lector. Los extremos causan efectos electrizantes. Recuerdo con nitidez a la viejecita que vendía billetes de lotería, tal vez emocionada por nuestra felicidad juvenil y por la ilusión que da ver a un par de jóvenes enamorados, nos insistió en comprar dos cachitos del sorteo mayor. Javier se animó con la serie completa. Suerte, chicos. Bueno, suerte ya tienen, están juntos. Disfruten su suerte. Disfruten. Lo dijo sonriendo y mostrando los huecos en donde debería haber dientes. Javier le sonrió de regreso, pero en sus ojos se adivinaba el desconsuelo del que anticipa una despedida. En aquellos momentos estábamos tomados de la mano y a mí, nada me importaba tanto como eso. Ten, guárdalos tú, me dijo y los metí en mi cartera.

Las manecillas del reloj se aceleraban y se acompasaban cuando estaba junto a Javier. Era un arrebató dorado, un gusto por detenerlo y un gran susto por encariñarme: la dicha de hoy, la sombra que se prolonga en busca de una certeza, la pintura del deseo, el titubeo, el hambre, el tormento. Todo era una mezcla de manos y ojos. Sólo lo que tocábamos era lo que veíamos. La duda era como un peñasco rudo. La dicha era una esfera. Y yo en el límite de la imaginación, viendo cómo padecen los mortales cuando se les agota la dicha. Se me desgarró la inocencia.

Hoy, como aquel día, al subir al coche sentí que la piel se me puso de gallina. Recuerdo que Javier me tomó por el cuello y me besó. No fue un impulso

de concupiscencia lo que me movió a corresponder con mayor apremio, no tengo la menor idea de lo que provocó en mí ese sentido de exigencia. En un instante, percibí su sorpresa y de inmediato su reacción. Era como si quisiera dejar una huella de amor duradero, como si la experiencia de la vida se pudiera transmitir en unos instantes a través de manos que acarician el cuerpo. Nos besamos y nos acariciamos hasta que llegó el momento de llevarlo al aeropuerto o perdería el vuelo. Se lo pude haber dicho en ese momento, pude haber dejado que el amor triunfara. Preferí el silencio.

Recorrimos el camino al aeropuerto callados. Íbamos tomados de la mano. Yo manejaba y él no paraba de mirarme. La tarde se hizo polvorienta, la ventisca levantaba las hojas violeta de las jacarandas y las estrellaba contra la ventanilla del coche. Al bajar, tuve que luchar contra el aire que se empeñaba en levantarme la falda mientras Javier sacaba las maletas de la cajuela. El viento le movía los rizos de un lado al otro. Los últimos momentos, en la cafetería cercana a la puerta de salidas internacionales, exageré mis obligaciones universitarias y me puse de pie antes de que llegara la hora de abordar el vuelo. No lo acompañé a la puerta de embarque. No quise verlo desaparecer entre la gente que agita la mano mientras el que se queda se convierte en estatua de sal. Llegó el momento de la verdad. Me miró más de un minuto, con esa mirada turbia que aprendí a conocer y jamás pude descifrar. También ahí se lo pude haber dicho y volví a preferir el silencio.

Lo abracé, busqué sus labios. No los encontré. Me acarició el pelo. Me miro a los ojos. Mándame las fotos, no lo olvides, por favor. Nunca supe a dónde enviarlas. Cuidame la cámara, mientras nos volvemos a ver. La cámara está en alguna caja, guardada en la buhardilla de la casa. El billete de lotería, en cambio, no lo conservé. Lo transformé en un depósito a mi cuenta de cheques, tres semanas después.

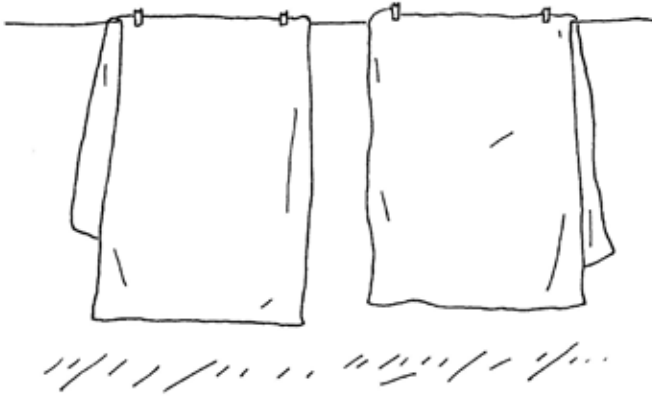
Me pregunto si al recordar, logramos desafiar a Cronos y conseguimos detener el tiempo. Me pregunto si Kairós se mete en la secuencia temporal de Cronos para desajustarle los minutos y los segundos. Me pregunto si debí pedirle que se quedara. Miro las cinco florecitas que se acomodaron en el parabrisas, las jacarandas llenas de flores y las calles que se ven tapizadas de morado. Me pregunto por qué esta tarde de primavera se vuelve polvorienta, tan airosa, tan violeta y por qué siento que en cualquier momento alguien me va a pedir el contenido del sobre manila que sólo tiene anotado el remitente.





Tranquilidad en los 50's, de Jorge Hernández

COMO SÁBANAS BLANCAS DESPUÉS
DEL AMOR



Como sábanas blancas después del amor, de Jennifer Frías

LOS CARIÑOS
SINCEROS NO
DESARMAN



*Los cariños sinceros no
desarman, de Jennifer Frías*



Rosalba, de Luis Gt



Epifenómeno II, de **Andrea Fischer**



Un suspiro, de **Alejandra Neri**

Ambulantes

Daniel Zetina

Para Pável

Estuvimos juntos casi dos años. Pero el vicio nos ganó o nos perdió, como quiera verse. Después del trabajo, cada jueves, nos encontrábamos en el departamento e íbamos a pasear al centro. Caminábamos de la mano por las calles, a veces parábamos y nos dábamos unos besos muy ricos. Yo la tomaba de la cintura, acariciaba su talle, ella me abrazaba del cuello y me apretaba. Luego seguíamos nuestro camino.

En el centro hay unas doce plazas y quince callejones. Cada vez nos encaminábamos hacia uno diferente. Intentábamos no repetir, porque... A pesar de eso, no teníamos un plan previo, solo caminábamos, girando en calles, hacia donde nos llevara a intuición.

Caía por fin la tarde, la hora cero como le decía mi abuela, cuando la última claridad es absorbida por las tinieblas y los faroles iluminaban nuestro andar de forma artificial. Parábamos de pronto, ella o yo, o ambos a la vez.

Lo único importante era que hubiera gente, de lo contrario no valía la pena. En un par de ocasiones lo hicimos sin mirones, pero volvimos a casa frustrados y en silencio. No te das cuenta del valor de las miradas hasta que tu vida depende de ello.

Detenido nuestro camino, mirábamos de reojo. Si era el lugar, no había mucho qué pensar. Todo iniciaba de pronto. Yo sentía cómo se me revolvía el estómago de los nervios o la emoción y hasta las manos me sudaban. Yo creo que Paulina sentía igual, pero nos separábamos un poco para comenzar.

Me empujaba y me gritaba que era un hijo de la chingada. Se ponía violenta, me empujaba, me insultaba, decía quién sabe cuántas cosas, porque a veces ni la escuchaba bien. Se metía en su papel que daba gusto. Ahí la gente comenzaba a mirar.

Las personas se detenían asombradas. Algunos caminaban despacio o desviaban su ruta, pero no para evitarnos sino para vernos mejor. Si había noviecitos, alguno de ellos espiaba por encima del hombro de su pareja, con los ojos bien abiertos.

Los niños eran jalados por sus madres o abuelas para evitarles

el mal trago, eso siempre se los agradecemos. Una cosa son los adultos morbosos, como nosotros, y otra las pobres criaturas. Dentro de todo, siempre tuvimos ética para hacer lo que hacíamos.

Luego de los empujones y gritos de mi bella amada, era mi turno. Yo actuaba menos violento físicamente, pero era más creativo, pienso yo. Mi acto tenía también varias rutas. Por lo general iniciaba con llantos y reclamos: “Tú siempre te enojas por todo”, “Eres una neurótica”, “Me voy a regresar con mis papás”.

Luego, de acuerdo con la reacción de Paulina, la cosa se ponía más ruda o dramática. Nos parábamos a la mitad de la gente, caminábamos en círculos, corríamos y volvíamos al punto. Gritábamos, llorábamos, nos echábamos pleito, nos jalábamos cada quien el propio cabello, tirábamos las cosas.

Fue una locura. Con frecuencia, alguna santa madre caritativa se acercaba y trataba de calmarnos. “No se hablen así, muchachos, todo tiene solución”, decía, pero eso solo nos alteraba extra y continuábamos más excitados.

De pronto todo era improvisación, pero tan verosímil, que no faltaban las lágrimas en los mirones, los gritos de “Auch”, “Pobre”... o los susurros lastimeros del tipo “Yo que ella, mejor lo dejaba”... Gracias a dios, los espectadores nunca fueron indiferentes.

A veces, yo me tiraba al piso y fingía ataques epilépticos, mientras Paulina aprovechaba y se me montaba para darme de cachetadas. O ella se subía a un árbol, mientras yo intentaba bajarla a jalones. Un día, en plena euforia, nos dimos un cabezazo tan duro que sangramos.

Luego de unos minutos de show, suficientes para que nuestra sangre hirviera, pero no tantos como para que alguien llegara a calmarnos, nos íbamos cada quien por su lado, entre insultos y manoteos. Entonces, volvíamos al depa por las calles que podíamos, casi corriendo y ahí nos reencontrábamos.

No siempre llegábamos al cuarto, hacíamos el amor con furia en las escaleras, el pasillo o la sala, a veces en la azotea. Arrancábamos nuestra ropa, en especial la interior con el ímpetu de los condenados a muerte. Como si no fuéramos a despertar juntos un día más.

Aquello era el veneno seguido de la magia, era sublime, era eterno y terrorífico a la vez. Al salir del trance, después de alguno más de nuestros orgasmos, sucumbíamos a la realidad y apagábamos las luces, nos recostábamos tiernos y cansados y dormíamos hasta que el

despertador sonaba en medio del cuarto.

Discretos recogíamos los restos de la pasión, en medio de las sombras de la madrugada, nos bañábamos por separado, tomábamos cereal y nos dirigíamos a nuestras oficinas, cada una en dirección opuesta, a nuestras jornadas diarias de doce horas de trabajo.

Pero como el agua en una olla, todo por hervir se acaba. Aquella noche de noviembre sí llegó un policía, solitario, y nos detuvo, primero a los dos, luego solo a Paulina. Me saqué como pude, la dejé y corrí a nuestra cita. Supuse que se libraría pronto de las redes del intruso y me alcanzaría como siempre.

La llevaron a la delegación de policía, donde la metieron a una celda con otras detenidas. Mientras yo esperaba su regreso, ella se enamoraba de Alicia, que era aún más apasionada que yo y que pronto le prometió eternas noches de desvelos...

A veces las he visto fingir una pelea intensa en alguna plaza o callejón del centro y luego correr en direcciones opuestas. Aún la extraño.



Paúl Núñez

En su mirada

Gabriela Gorches

Rozaba esa mano que tenía precisamente la forma de la suya y el cuerpo se abría para ella como un abrigo cortado a la medida. Desde el pecho hasta lo largo de las piernas le cubría el dorso, colmando cada recodo, cada resquicio. Las madrugadas de insomnio invocaba el sueño al arrullo de aquella respiración cuyo ritmo conocía tan bien. Le gustaba girarse despacio antes de abandonar el lecho para verlo dormitando a su lado. Un día la sorprendió la sensación de que observaba a un desconocido; cuando él despertó quiso mirarse en sus ojos y aquel espejo le devolvió una anciana.



Paúl Núñez

Un último hombre

Raúl Sanz

Corrió como si el diablo se hubiera metido en mí. Los músculos de mis muslos y mis pantorrillas se extendieron hasta casi reventar los tendones. La camisa roída y cubierta de polvo y otra suciedad se pegó contra mi dorso empapado en sudor, transparentando mi carne casi desaparecida, aferrada apenas a unos débiles huesos que parecían cordones.

Al saber exactamente lo que venía detrás, persiguiendo mis pasos cada vez con mayor proximidad, un terror espantoso y delirante se apoderó de mí. En cuanto me alcanzaran... uno tan sólo sería mi destino, pues antes había visto ya como todo acababa sin aviso.

Hubo una época en que tres eran las opciones para los que capturaban. Los más jóvenes tuvieron suerte por algún tiempo, pues su utilidad correspondía a la reproducción futura para mantener viva a la raza humana; pero se concluyó que lo único que requerían era su esperma, y entonces las cabezas se dieron a la tarea de eliminar a ese reducido grupo asignado a una monta en espera.

Hubo otra categoría que sobrevivió bajo el yugo de la esclavitud, atendiendo y sirviendo al nuevo orden; todos ellos niños que no alcanzaban ni la decena de años o alguna otra edad en similitud. Eran golpeados y magullados, aterrorizados por las cicatrices que ya les tenían marcados. Habían visto de cerca la tortura y la brutalidad de quienes los infligían... con sus ojos inyectados en sangre y en la mano la voraz ira. Sí, vivieron por un tiempo, pero su subsistencia no se prolongó demasiado, pues cuando empezaron a huir, escapando con sus pequeños cuerpos por las cloacas que llegaban más allá del desembargo, la cólera estalló en el vientre de la nación inquisidora, y los verdugos inundaron en el acto los desagües, ahogando los llantos y apagando las vidas inmaculadas para siempre en los drenajes.

Y un tercer clan conformó el último destino, aquel en que se encontraban los hombres maduros y también los muy vividos, en el que resaltaban los otrora líderes y desde luego los más viriles, ese en el que altos directivos y grandes empresarios relucían por última vez sus ropas al igual que sus joyas; y entonces su risa se transformaba en tristeza y su soberbia en súplica. Este último destino fue el que perduró, y la muerte que brindó fue el de más terrible horror.

Habían acabado con nosotros... con cada uno de nosotros. Y

yo seguí corriendo, sintiendo que el cansancio me traicionaba y el aire me abandonaba. Desde atrás escuché un ruido con un ritmo predatorio, y supe que mi fin no era ya algo aleatorio.

Por favor, Dios mío –hablé en mis pensamientos–, si alguna vez exististe no dejes que me alcancen. Te lo pido... te lo suplico... Por aquellos días en que creí en tí, te lo ruego.

Sin embargo, mis plegarias fueron vanas. Por delante no había huida, y el destino siempre acudía.

De pronto, sólo deseé que aquello terminara... que lo más rápido posible se acabara, y entonces aflojé aún más el paso. Pero el miedo rápidamente hizo su labor cuando me invadió el recuerdo de aquellos que había perdido en el pasado.

A mi padre lo arrojaron de un peñasco mientras trataba de defender al menor de mis hermanos; era un viejo duro y terco para morir. El deslinde del bosque fue testigo de su última batalla cuando un proyectil le alcanzó el pecho. Pero ese no fue su fin, pues hicieron falta cinco impactos más y el embiste de cuatro enemigos para arrojarlo al precipicio antes de culminar su trecho. Entonces mi hermano quedó solo y expuesto. Él no era fuerte como mi padre, no... Estaba famélico, exhausto y demacrado. Su apariencia se asemejaba a la de alguien que habría estado en El Holocausto. Bastó que cuatro le apresaran con velocidad, cogiéndole por cada extremidad. Su mirada aterrada pero rendida me buscó entre los matorrales, mas yo permanecí escondido, ocupado en taponarle los ojos y boca a mi hijo. Un grito largo y agudo fue lo último que se escuchó cuando a jalones destazaron sus brazos y piernas, y justo cuando terminó el chillido final, sin quererlo, un lamento se me escapó de los labios, un inoportuno y casi imperceptible lamento, pero que alcanzó los oídos de mis enemigos.

Todos los ojos detectaron al momento mi ubicación y, entre sonrisas sarcásticas y rabias en llamas, se abalanzaron en mi dirección.

Abandoné las cuclillas y, con mi hijo entre brazos, corrí y corrí, sorteando los troncos y esquivando los caminos rocosos.

Miré el camino y a su vez el rostro de mi hijo... de mi único hijo. Sus ojos opacos se clavaron en los míos, confiados en la seguridad de mi falso cobijo.

Ah, mi hijo... ignorante, ingenuo... casi feliz... por no saber lo que pasaba.

Dios... por favor... ¡te lo suplico! ¡No dejes que me atrapen! ¡No permitas que le pongan una mano encima a mi hijo! –Entre jadeos y

extremo agotamiento le di una pausa a mis pensamientos-. Bah, pero... ¿qué puedo esperar de ti?, si dicen que tú también eres hombre.

Resistí todavía por varios minutos, pero al fin me desplomé sin poder dar un paso por otro segundo.

No tardaron en rodearme, al tiempo que apuntaron para matarme. Voltee a ver a mi hijo, a quien todavía llevaba cargado. Las lágrimas se me desbordaron y resbalaron hasta sus pómulos. Le di un beso en la frente y entonces me lo arrebataron.

Recuerdo todavía que escuché el crujir de sus armas mientras apuraban su munición. Un instante después y las descargaron sin darme alguna otra opción. Aún me dio tiempo de ocupar en mi mente un extraño pensamiento: ¿Qué pecado había en tener un miembro entre las piernas? No pude darme una respuesta. Antes de que cerrara los ojos y todo se volviera oscuridad, vi cómo un cuchillo le alcanzaba el cuello a mi hijo con su hoja y su frialdad.

Sí, había un último hombre... pero ya no más.



Paúl Núñez

La hora del té

Gabriela Gorches

La puerta de la habitación de la tía Margaret era el agujero por donde entrábamos como Alicia en un país poblado de lugares y personajes maravillosos. Nos encantaba acomodarnos en su salita con muebles de ratán blanco, dispuesta frente al ventanal al lado de su cama; sobre la mesa descansaba un enorme globo terráqueo y la pila de álbumes de pasta decorada que hojeábamos por turnos mientras la tía nos contaba relatos de sus viajes. Lo hacía con tanto detalle y entusiasmo que lo mismo sufríamos en Casablanca mientras el Siroco amenazaba arrancar a un paseante del poste de luz al que se había aferrado, que nos moríamos de ternura a orillas del lago Constanza con los perros vestidos de gabardina a cuadros entrando a restaurantes donde había un perchero para los abrigos de las mascotas. Su pasión era el mundo, solía decir con un dejo de inquietud, sin duda calculando cuántos renglones le faltaban a esa lista suya de lugares que aún no conocía. Lo seguro es que el inventario de los que ya había visitado tampoco era corto. Aprovechaba cualquier ocasión para salir de la ciudad, ya fuera de “mudanza”, como se refería a las estancias de meses en Europa o el norte de América que realizaba durante el verano, o en “traslados” de varias noches en cualquier puente, hasta “excursioncillas” de una jornada en los días feriados. En el caso de las últimas, invitaba a sus alumnos del Instituto de Español para Adultos Extranjeros. Ellos iban encantados, la mayoría porque no tenía mejor plan que extender sus horas de curso con la profesora más ocurrente del plantel. Algún otro, como Charles, porque se había enamorado de ella. La vocación de Margaret por la enseñanza era innegable y frente a un público internacional de escaso vocabulario, pero dispuesto a suplir esa falta con una atención que los hacía olvidarse de pestañear, ella se inspiraba al grado de convertirse en un mago del entretenimiento. Los estatutos de la escuela prohibían la relación entre profesores y alumnos más allá de la cafetería, pero la directora fingía no enterarse de esas salidas, en nombre del gran beneficio que proporcionaban a los estudiantes y encima sin costo extra para la escuela. Tampoco pidió explicaciones cuando al final del curso escolar su mejor maestra le solicitó permiso para tomarse un año sabático: los rumores sobre su

boda con Charles corrían por todo El Instituto. Quizá estaba segura de que, sola o acompañada, Margaret volvería porque disfrutaba enormemente su trabajo docente, casi tanto como las vacaciones en las que, a la manera de Marco Polo, iba en busca de nuevas aventuras. La tía nos contaba que el periodo que había pasado en la tierra natal de Charles había sido la más hermosa de esas aventuras, pero como la fatalidad y el clima húmedo habían hecho que se velaran los rollos de fotos que hubieran podido testimoniarlo, reproducía para nosotros en vivo el encanto de la hora del té en los salones londinenses. Aunque nosotros no conocíamos Londres, todas las tardes nos hacía sentir en una escena en el *Her Majesty's Theatre*. En revistas habíamos visto los lugares más elegantes de la capital británica y sabíamos que incluso en el *Claridge* o el *Ritz* de *Picadilly* habrían envidiado la gracia del salón de la tía Margaret. Y según nos decía ella, sus sobrinos seríamos los únicos herederos de esa cultura del té que había adquirido al lado de su difunto marido. Mi Charles, suspiraba, nos faltó tiempo para tener hijos propios.

A las cinco en punto comenzaba el servicio en una tetera *Brown Betty*, doña Beatriz, como se refería a ella mientras le palmeaba la barriga. Nos explicaba que antes la había dejado calentarse colmada de agua hirviente para volver a llenarla con el fin de preparar la infusión propiamente. Decía que el grosor de su loza vidriada era ideal para mantener la temperatura y que, baja y gordita como era, permitía que en su interior las hojas se bañasen tan a gusto que, en agradecimiento, soltaban sin amargura su mejor aroma. Desde pequeños nos enseñó a disfrutar la bebida sin azúcar; la concesión si acaso fueron los minutos de baño de las hojas, que fueron aumentado a medida que íbamos creciendo. Esos brotes venidos de la India y de Sri Lanka tenían que ser recolectados a mano, secados y fermentados con métodos naturales y, en ese sentido, Margaret confiaba en la calidad de los productos que distribuía su enamorado secreto: un abarrotero del centro de la ciudad, quien nunca se atrevió a declararle su amor más que en mensajes anónimos que escondía entre los paquetes de la compra. Una vez recibido en casa, la tía almacenaba su tesoro en latas de estaño de acuerdo a la variedad de la que se tratara: cada lata estaba decorada con un elemento distinto de la heráldica del Reino Unido, según la región en la que más se bebía dicha variedad; en el caso de las hojas de *Camellia sinensis* perfumadas a la bergamota, contaba con el retrato

del famoso Conde o *Earl Grey*. Muy temprano aprendimos a identificar los gustillos pertenecientes a los contenidos de cada lata, lo mismo que por imperfecciones mínimas reconocíamos las diferentes tacitas de su servicio *bone chine*. Charlotte, Emily, Anne, Jane, Emma, Diana, Leonora... las rebautizaba periódicamente de acuerdo con sus lecturas o con alguna novedad o noticia del momento. En cambio, a la jarrita de leche siempre la llamó, su majestad. Nos enseñó a calentar el contenido y ponerla en el centro de su mesa *tilt top* estilo Reina Ana, junto con el plato y la pinza de plata para las rodajas de limón. Si queríamos alguno de estos acompañamientos para la infusión, había que servirlos en la taza previamente, de manera que al caer el té los sabores se integraran y en el caso de la leche los dos líquidos se mezclaran sin necesidad de revolver. También desde muy jóvenes aprendimos que la cucharita sirve para templar la bebida si está demasiado caliente, haciéndola girar sin derramar ni una gota.

Casi enseguida de haberla llenado, los vapores que emanaban por la boquilla de doña Beatriz encendían la inspiración de Margaret y comenzaban a esparcirse por la sala envolviendo sus narraciones. La primera frase con frecuencia era el pie de foto de alguna que hubiéramos escogido nosotros. Pero aun cuando repitiéramos varias veces una imagen, ella nos contaba la historia de manera distinta. Que si había subido a su albergue en Santorini en un burro que tenía tos de perro, que si los dueños hablaban un poco de español pero no se les entendía porque eran gangosos, que si tenían un gato que bailaba *sirtaki*... agregaba pormenores que nos mantenían al acecho de cada nueva palabra: las devorábamos todas con el mismo gusto que los *scones* rellenos de nata que el señor de los abarrotes empezó a llevarle los fines de semana, a lo mejor con la esperanza de que algún día contestara sus notas. Quizá ella habría querido aceptar los avances de aquel pretendiente, o de cualquier otro de los que no le faltaron. Eso si no hubiera estado embrujada por el recuerdo de Charles.

Debíamos haber sido demasiado pequeños cuando él le faltó, porque no guardamos ni un rastro de la tristeza que, según dicen, persiguió entonces a Margaret. Nos contaron que estuvo a punto de dejarse morir en el extranjero. El abuelo tuvo que ir por ella y traerla de vuelta. Fue entonces cuando le acondicionaron un pequeño apartamento en la habitación del fondo, la más grande de la casa. A instancias de la abuela empezaron las reuniones en las que sus amigas y colegas iban

a visitarla con el fin de levantarle el ánimo; poco a poco y en honor de Charles que siempre terminaba siendo el tema de conversación, las tertulias se convirtieron en ceremoniosas e inglesas tardes de té cada vez más auténticas. Con los años y la presencia de nosotros, sus sobrinos, resultaron más que sus mejores momentos del día: la razón para levantarse cada mañana cuando no estaba de viaje. Por años siguió sirviéndonos los productos que le compraba al mismo tendero, quien tampoco abandonó la costumbre de enviarle mensajes sin firma entre los paquetes. Puede decirse que a su manera ambos se guardaron fidelidad hasta el último respiro. Ella lo mantenía al tanto de las novedades incorporadas en cuestión de tés e infusiones en los salones de moda por toda Inglaterra y él las buscaba hasta encontrarlas o hacer que se las enviaran desde cualquier parte del mundo, por más remota que esta fuera. Igualmente, creció el surtido de bollos y panecillos en la bandeja de lo dulce de Margaret: mermeladas de ruibarbo, bizcochos de comino, ganaché de chocolate negro... Y al mismo tiempo añadió una fuente de lo salado con sándwiches de gran variedad, sobre todo para los hombres, nos decía en voz baja guiñando un ojo. La estrella era el bien conocido emparedado de mayonesa ligera hecha en casa y rodajas finas de pepino, al que agregaba unas hojas de canónigo.

Cada mes organizaba tertulias especiales para las que se entretenía discuriendo la combinación perfecta entre asistentes y preparaciones exóticas. Los festines de Margaret se volvieron célebres también entre los vecinos y con sus colegas y estudiantes del Instituto. Al grado que hasta la propia directora se consideraba favorecida cuando recibía la invitación rotulada con la impecable caligrafía de Margaret y el sello del escudo de familia de Charles. De él, ni los otros profesores ni nadie tenía un recuerdo preciso, aunque todos sabían de la importancia de su existencia en la vida de su viuda. Nosotros guardábamos en la imaginación el retrato hablado hecho por ella, un hombre alto y encantador y una mezcla de referencias imprecisas que lo situaban en diferentes lugares en épocas distintas. Pero si nos hubieran preguntado qué había sido del personaje preferido de sus charlas no habríamos sabido qué responder. Tampoco le gustaba enseñarnos fotos suyas pues, según su propia expresión, le parecía que de ninguna manera captaban la magia que se le escapaba por los ojos a pesar de que guardara el gesto impasible de la gente de su pueblo. En cambio, para suplir tal falta de imágenes, con frecuencia recordaba una nueva experiencia que había vivido al lado de su esposo o frases que él repetía; era muy común que Margaret encontrara circunstancias ideales en las que dichas frases eran

aplicables. La escena que más nos gustaba había ocurrido durante un fin de semana que pasaron juntos cerca de los lagos de Covadonga. Fue en un mes de abril de noches frescas y sin estrellas. Charles esperó a que cayera la tarde para salir de caminata sin llevar ningún equipo. Para remediar la aprensión de ella, la tomó de la mano y la miró fijamente por largos minutos. Después la soltó y empezó a avanzar, narrándole a cada paso lo que iba apareciendo en su campo de visión. Sígueme, la calmaba, confía en mi voz, intenta percibir lo que te cuentan mis palabras; verás cómo, poco a poco, aprendes a mirar en la oscuridad por ti misma. Si logras inventarte una versión propia de lo desconocido tendrás un panorama mucho más rico y completo que los trozos aislados que capta una lamparilla. Quizá el relato nos gustaba porque de alguna manera describía el sentimiento que nos colmaba escuchándola a ella.

Hasta su último día, Margaret repasó para nosotros la infinidad de buenos momentos pasados durante sus viajes, con la misma gracia, el mismo gozo que habían animado nuestra infancia y juventud. Había dejado de salir de la ciudad y sin embargo su lista de lugares interesantes seguía creciendo con los que descubría a través de emisiones televisivas. En vez de tachar reglones se dedicó a renovar la documentación sobre los sitios enlistados, tanto los nuevos como los que ya abarcaba el acervo de sus fotografías. En cada sección anexaba notas con referencias históricas, datos curiosos, nuevas construcciones o cambios importantes en la fisonomía de un poblado. Decía que quería dejarnos material que valiera la pena para comentarlo a la hora del té. Sin darse cuenta de que el precioso legado de sus ocurrencias espontáneas lo habíamos disfrutado por entregas desde que teníamos memoria. De esas naderías inventadas, que sin embargo hacían de sus historias un deleite, por fortuna para nosotros nunca perdió la costumbre. Heredamos además el contenido completo de su habitación. Entre los objetos que guardaba en el armario había una caja llena de documentos que nunca habíamos visto. Nos costó algo de esfuerzo identificarla con el nombre que encontramos tanto en el acta de nacimiento como en la de bautizo: Eulalia Margarita de la Concepción de Jesús. No encontramos ninguna prueba de su matrimonio con Charles... porque no existían. Aunque nunca lo comentamos entre nosotros, tal vez lo sabíamos. Tampoco había fotos de él. Lo único que descubrimos fue una nota en inglés en la que le pedía a Margaret que regresara a su país y dejara de perseguirlo.

Eulalia Margarita murió una tarde soleada de otoño cuando acomodaba el servicio sobre la mesa. Le faltaba sacar la última taza pero

se recostó pensando en que lo haría antes de que llegáramos, minutos antes de que dieran las cinco. En la visita previa nos había hecho reír imitando al guía chino que en el Nilo se disfrazaba de Laurence de Arabia : no habría forma de imaginar que sería su último relato. A pesar del tiempo que ha pasado desde entonces, su salón sigue albergando todos los muebles y objetos que ella fue adquiriendo alrededor del mundo a través de los años; cada adorno sigue ocupando el puesto que ella le dio, cada cacharro cumple el mismo cometido. Es el sitio donde nos reunimos con nuestros hijos, donde unos a otros nos contamos anécdotas y nos recomendamos lugares para visitar, cualquiera que nos parece imprescindible. La lista no para de crecer, la repasamos en torno a la mesa de Margaret disfrutando un buen té.



La impostora

Gabriela Gorches

Maquillaos, traédmelo, parezco el Quijote. No, si no es tan fácil, no sólo memorizarse las conjugaciones de Bello. Andrés Bello, un libro de la prehistoria, no sé cuándo lo llevé, pero sí me acuerdo que recitábamos “vosotros”. Me cuesta más trabajo la pronunciación española que aprenderme las reglas de gramática. No te rías porque me da vergüenza. Ya sabes que no es chiste, necesito el trabajo. La secretaria me dijo que los franceses quieren aprender el “verdadero español”, como si el mío fuera falso. No contesté. La verdad, porque se expresa con tal elegancia que me cohibe. ¡Imagínate la directora! Seguro es casi casi de la nobleza. Tú, reza porque me contraten. Que si me hacen hablar en español la lengua se me hinche y empiece a sesear... ahora que, si no veo otro remedio, tendré que tocarles la vena humanista de “ayuden a la gente que viene de países pobres”. Ya me voy, deséame suerte.

Yo que pensaba que en Niza no llovía. No sé cómo me explicaba tanto verde. Mi imaginación tercermundista veía acueductos secretos corriendo como manantiales por toda Europa ... o qué sé yo. El primer año cuando llegué no llovió, o no me acuerdo. En todo caso, me dejó boquiabierta la falta de atascos debidos a calles inundadas por la basura atrapada en las alcantarillas. Sí hay basura aquí, y cacas de perro por todos lados. Pero el servicio municipal pasa todas las mañanas, demasiado temprano, por cierto, a limpiar las banquetas con mangueras de presión. La gente es tan incivilizada como en cualquier parte. Más y más se me borra la imagen del país desarrollado, limpiecito donde ni los fenómenos naturales molestan. Ha llovido como en Macondo, peor que en *Cien Años de Soledad* lo que no chorrea está húmedo.

Eso de cruzar únicamente en la esquina tampoco es que ellos lo hagan. Yo sí, para que vean que soy ordenada: la mexicana que da clases de español fingiendo el acento, mentirosa pero ordenada. He olvidado mi propia forma de hablar. Me salen términos como atasco –recuerdo la lección del transporte público en Madrid- y no sé cómo decimos allá. Caos, eso decimos, no son embotellamientos –vaya, ¡esa es la palabra!- sino caos. En México los viernes de quincena el desastre es general, apasionado, como somos nosotros. El Periférico

se convierte en el estacionamiento más grande del mundo, para que digan que en nada rompemos récords. No, no se me antoja regresar. Virgencita, ¡por favor!, que me den el puesto. Aunque aquí también llueva.

Mis clases podrían ser “lengua y cocina”. Aunque no sé hacer fabada. Y las tortillas las hago de *Mazeca*, no de patatas. Me quedan gordas y color amarillo hepatitis. Al principio me hacían ilusión. Las servía casi con orgullo. Hasta que me hartaron los aguacates africanos, el limón amarillo y los frijoles *La Costeña* versión para gringo. Ahora prefiero preparar bacalao al pil pil. Además va bien con vino, y ¡cómo me he aficionado al vino! Se me resbala bastante bien, con todo y la culpa de que no conozco lo suficiente. El primer trago invariablemente me sabe a vinagre, a menos que sea el que trajeron los invitados, en cuyo caso, por alguna razón oscura, siempre lo encuentro extraordinario... He ahí lo impenetrable de los complejos.

Adivina. ¡Me contrataron! Me recibió la secretaria de habla elegante. Ya decía yo que además de precioso hablaba un francés muy comprensible, y es que es italiana. Luego, lo de la directora, digamos que quería conocerme. Me entrevistó en un español impecable y sin sesear. Es que es colombiana.



La siega

Geovanni Castillo

—¡Vieja, anoche soñé que sembraba uñas!

—¿¡Qué!?! Te dije que no cenaras tanto antes de dormir, pero tú no entiendes, viejo, ni vas a entender hasta que una de tus pesadillas te mate de susto.

—Sí, sí, bien sabes que eso no va a pasar. ¿Ya está el desayuno?, amanecí con harta hambre después de sembrar tanto anoche. Vieras, vieja, cuánta tierra teníamos en mi sueño. Me levantaba yo bien temprano para comenzar a tirar las uñas, hasta me apuraba porque sabía que el día entero no me iba a alcanzar para recorrer todo el campo de ida y de venida, ya estaba pensando en cómo convencerte de que había sembrado todo el día y no me había ido a jugar dominó con don Rogelio.

—¡Ándale, vente a sentar que se te va a enfriar la carne, acá me cuentas!

—Yo sigo pensando de dónde voy a sacar tantas uñas.

—¿Y para qué quieres uñas, viejo? Tú y tus ocurrencias te van a terminar por matar de un susto. Como esa vez que quisiste poner antorchas en toda la cerca del campo para que no se acercaran los coyotes. No me hiciste caso y ya ves, los coyotes se metieron de todos modos.

— ¡Es que eran muchas, vieja, muchas de verdad! Tenía un bote grandote, como dos veces más grande que donde guardo los ojos de los becerros, y todo él estaba lleno hasta el tope de uñas, bien blanquitas y bien recortadas, hasta parecía que eran miles de larvas azucaradas. Yo me tropezaba con el bote cuando pasaba frente al altar, estaba allí en el suelo junto a las hoces, como si alguien lo hubiera dejado de ofrenda a nuestra Señora. No me caía pero soltaba una blasfemia que se oía hasta nuestro cuarto, porque yo alcanzaba a escuchar cómo me decías que no gritara esas cosas, con esa voz que tienes cuando te acabas de despertar. Bueno, yo no te hacía mucho caso y abría la puerta para encontrarme con que nuestro campo había crecido hasta ser como diez veces más grande que ahora. —¡Nada más me diste por mi lado, siempre haces lo mismo, yo no sé ni por qué me esfuerzo en corregir tus modales!

—¡Espérate, vieja, ahí viene lo bueno! ¿Ya no queda más carne? — Sí, ¿te sirvo? —Sí, por favor. Cuando salí al campo, el sol seguía dormido todavía y aunque yo no lo escuchaba, yo sabía que el gallo ya había cantado, porque él me había despertado. Fue entonces que destapé el bote, y las vi por primera vez, brillaban poquito con la luz de la luna y yo sabía lo que tenía que hacer, ¿sabes?, jamás se me hubiera ocurrido sembrar uñas hasta el día de hoy, bueno, hasta que tuve este sueño.

Yo no iba a revisar las gallinas, tampoco a los becerros, en cuanto salía de la casa me dirigía al campo. Metía la mano en el bote y sentía cómo

las uñas me picaban la carne, como si me comieran pedacitos muy pequeños sin que me doliera mucho. Luego sacaba un puñado y las aventaba al suelo con mucha fuerza para que se esparcieran lo más posible. Así continuaba, daba dos pasos y volvía a arrojarlas al suelo. Cuando me daba cuenta, ya había cubierto tanta tierra como tenemos ahora, y sabía perfectamente que no iba a terminar pronto. Me detuve por un momento para ver si faltaba mucho para amanecer. La luna ya no se veía y el cielo comenzaba a clarear lo suficiente como para ver todas las uñas que había regado. Se veían como esa vez que el coyote desenterró a tu tío, ¿te acuerdas? —¿A Memo? — ¡No, vieja, a Domingo! La vez que llegamos y solo encontramos regadas sus uñas, ¡acuérdate, hasta te dije que parecía que al suelo le estaban saliendo escamas! ¿Ya recordaste? — Sí, ya, a ese condenado coyote no lo atrapamos jamás. —Así se veía, solo que en todo el campo, ¡hasta me sentía orgulloso!, pensaba que si no crecía nada, al menos podría adornar el campo así para que se viera bonito en las fiestas de nuestra Señora. — Oye, viejo, ¿y qué ibas a cosechar?

—¡Eso es precisamente lo que llevo pensando desde que pelé el ojo! La verdad es que mi sueño no llegaba hasta allá. Yo sabía que con ayuda de nuestra Santa Patrona la cosecha iba a ser bien abundante, pero nunca supe qué cosas recogeríamos a la mera hora. He estado pensando que quiero sembrar uñas para ver qué sale de la tierra, ¿te imaginas? a lo mejor salen cosas como papas o camotes; incluso he pensado en que podrían salir arbustos con frutos rosados bien tupidos sobre sus ramas verdes; si se dan árboles, tal vez le cuelguen pencas como las de los plátanos solo que color mamey y menos alargados. No sé, vieja, me emociona pensar en qué podría salir. Una vez que terminaba de sembrar todo mi bote, regresaba a casa, y yo me alegraba de que no hubiera amanecido todavía porque así no tenía que darte explicaciones de dónde había estado todo el día. Como era temprano, aprovechaba para ir a ordeñar a la vaca, solo que en esa ocasión nos daba leche para llenar dos barriles. No me preguntes por qué, pero yo estaba seguro de que debía regar con ella el campo. Lo que pensaba en ese momento era que la tierra necesitaba los nutrientes de la leche y que así como a un bebé se le da para que crezca fuerte, así se la debía de dar a mi siembra para que nos diera buenos frutos. Por eso era que yo regresaba con mi cubeta y con una palangana para regar el campo siguiendo los mismos pasos que hice a la hora de sembrar. —Oye, viejo, ¿y si no salían plantas? —¡Eso mismo se me ocurrió, estaba a punto de contártelo! Se me ocurrió que tal vez, y solo tal vez, con ayuda de la leche y el cuidado maternal que le tengo a mis parcelas, podían llegar a crecer de cada uña, un dedito, y éste creciera suficiente como para ver la luz del sol y para soportar una palma muy pequeña, tan pequeña que en lugar de hueso tendría cartílago. ¿Te imaginas? Podríamos venderlas en un vaso con hartito limón y chile piquín. —¿Como el señor que vino el otro día vendiendo patas de pollo? —¡Justo en él estaba pensando!, también las podríamos picar en trozos pequeños, y venderlas

como esquites, ¿a poco no se te hace agua la boca? Bueno, fue en el mismo instante en que pensé que eso podía pasar, que decidí contarte mi sueño. Ahora solo falta ver de dónde voy a sacar tantas uñas. Primero voy a vaciar los ojos del bote y a lavarlo bien para que quede tan limpio como lo soñé, luego voy a salir a arar la tierra hoy y mañana. ¡Tú mientras invita a cenar a Rogelio y a su mujer, cuando terminemos todos de comer, les contamos, verás que hasta nos regalan las uñas de sus hijos! También pienso que debería ir al pueblo, seguramente encontraré a mucha gente que no le importe que me quede con sus uñas si se las corto, incluso habrá uno que otro que acceda a vendérmelas. Y si después de hacer todo eso no logro llenar el bote, voy a tener que desenterrar a tus tíos y a mi papá, ya ves que dicen que a los muertos no les dejan de crecer las uñas, con tantos años que llevan difuntos, seguramente hasta nos sobrarán. ¿¡Qué te parece la idea, vieja!?!—¡Yo pensé que jamás me ponías atención! Siempre te ando diciendo que tus sueños se pueden hacer realidad, y no pudiste haber escogido un mejor momento para comenzar a realizarlos. Anda, ve a arar la tierra, yo buscaré las palas y lavaré el bote. Después, cuando vuelvas, puedes comenzar a recortar mis uñas.



Solobino

Susana Corcuera

A Lucy y a Cuca, que se fueron con Álvaro.

Se llamaba Solobino, así, con b grande. Lo supe por la inscripción en la laja junto a la tumba de Gabriel. Sería el encargado de que su amo cruzara sano y salvo el río que nos separa de la otra vida.

Gabriel era vaquero y pasaba temporadas en la sierra con la única compañía del ganado. Un día que había dejado a los animales a cargo de un jornalero y regresaba al rancho a descansar un tiempo con su esposa, vio al cachorro en la entrada de la casa. Estaba sentado muy serio, observándolo todo con sus ojos color miel. De grande adquirió buen porte, pero cuentan que entonces era muy feo, con una cola larguísima y una cabeza desproporcionada para su cuerpo. Saludó al recién llegado como si fueran viejos amigos y Gabriel, ya mayor para entonces, pensó que le vendría bien un compañero en el cerro.

Pasaron años juntos en las tierras áridas de esa zona malagradecida de Jalisco que no retiene el agua. Tierra porosa, frágil. Una tarde en que la calina cubría de blanco los huizaches, Gabriel se sintió desganzado. Ya para cuando llegó al corral, apenas podía sostenerse a caballo. Entró en el jacal apoyándose de las paredes y se tumbó vestido en la cama. No tuvo fuerza ni para quitarse las chaparreras. Solobino le lamió la cara y ladró para que se levantara, pero Gabriel temblaba de fiebre. Pasó un día completo sin comer, tomando agua de la cantimplora que había dejado en el suelo. Se sentía tan enfermo que quiso dejarse morir. Había cerrado los ojos y pensaba en su mujer cuando oyó los lamentos de Solobino. Se arrastraba

por el cuarto, gimiendo como si él también se fuera a morir. Con un enorme esfuerzo, Gabriel se levantó de la cama, desenvolvió un queso fresco y trató de convencer al perro de que comiera, pero no quiso probarlo sino hasta que él se metió un trozo a la boca. Después, poco a poco, compartieron también un pedazo de pan. Antes de volverse a acostar, Gabriel abrió la puerta para que entrara aire puro. La calina se había ido a empolvar otros cerros y el cuarto se llenó de olor a anís y yerbabuena. El viejo por fin se quedó dormido y a la mañana siguiente estaba curado. En cuanto se incorporó en la cama, el perro saltó sobre él. Condenado, le dijo Gabriel entre risas, qué bien me engañaste.

Su mujer supo lo que el animalito había hecho para forzar a comer a su marido y ella también le tomó cariño. Cuando el anciano murió, Solobino se fue con él. Hay quienes dicen que absorbía los males de su amo, otros dicen que lo mató la tristeza. El caso es que la mujer de Gabriel no iba a dejar que los enterraran lejos uno del otro, así que, a escondidas del cura, logró que los pusieran juntos. Ella había apartado el terreno de al lado para no vagar sola en esta orilla del río cuando le tocara su hora. El perro era grande, bien sabría ayudar a los dos.



El paranoico

Ana G

Ella había acordado llegar a las ocho de la noche y ya eran cerca de las nueve. En el cenicero descansaban los 20 cigarrillos que había fumado desde que llegó ahí a las 7:30, y las dos tazas de café acabado tenían ya pegostes secos que parecían ahuyentar a la mesera pues aún no los había retirado. El sol veraniego finalmente comenzaba a ocultarse y la luna negra casi no se veía en el cielo, como si el astro mismo tratara de imitar a la mujer que esperaba con desesperación. Miró su reloj otra vez y pudo apreciar que apenas habían pasado cuatro minutos desde la última vez que lo había consultado. En su corazón palpitante y sus manos temblorosas por los nervios, se sentía como una eternidad. Le dio un trago a la media taza de café que quedaba de la tercera ronda de bebida amarga y con un ademán llamó a la mesera para que le trajera algo un poco más fuerte. Se limpió con la lengua los restos húmedos de la bebida seca de su labio superior y entrelazó los dedos tras apagar el cigarrillo número veintiuno contra la mesa de madera sin siquiera considerar el usar el cenicero frente a él, poco a poco perdiendo el control. Maldito Eduardo. De seguro ella por fin había cedido ante sus avances románticos y ésta era su forma de decirle que la relación había terminado: abandonándolo en un mugriento bar que cerraba a las diez para que se viera obligado a tomar el metro tarde, no teniendo suficiente con quitarle su dignidad, sino también buscando que unos atracadores le despojaran de sus posesiones personales mientras ella descansaba en los morenos y fornidos brazos del entrenador de yoga. Lo sabía. La muy desgraciada.

Un whisky en las rocas apareció sobre la mesa y tan rápido como llegó se posó en sus labios dejando de un trago el recipiente a un cuarto de su volumen. Encendió otro cigarrillo de la cajetilla que había comprado para la semana siguiente y casi mecánicamente abrió su teléfono y marcó el número de Valentina otra vez. Después de sonar seis veces se apagó. Eran ya cuarto para las nueve. No lo había pensado antes, pero ese comportamiento no era típico de Valentina; aunque planeara dejarlo por otro hombre, ella siempre había sido la educada, la que trataba de resolver de forma civilizada los conflictos y él el borracho paranoico que unos días estaba obsesionado con ella y otros no soportaba hablarle. Tal vez... sólo tal vez había sido demasiado rápido al pensar que le estaba engañando y en cambio le había pasado algo realmente horrible. Tal vez le habían

robado el móvil... o peor... secuestrado... o atropellado o asesinado y sólo la vería hasta el día siguiente en las portadas de nota roja. Unescalofrío recorrió su espalda y acabó el whisky de un solo trago. Volvió a tratar de llamarla y nadie...nada...sólo los pitidos detrás del auricular que a estas alturas se había convertido para él en una especie de oráculo. Palpitaciones, sudoración, un mechón de cabello negro que se zafa de su posición y cae sobre su frente sudorosa. No podía creer que Valentina había sido secuestrada, no podía creer que había desconfiado de ella. Pudo detectar un dejo de desdén en la mirada de la mesera en cuanto volvió a pedir un refill para su whisky. Ya estaban hartos de él. Ella se llevó el vaso y le informó que pronto tendría que pedir algo de comer si quería seguir en el lugar. La mirada del mundo de repente era la misma que la de la mesera y un escalofrío recorrió su espina en cuanto se dio cuenta. ¿Qué tal si le culpaban? ¿Si el motivo por el que no había llegado era que algún enemigo trataba de incriminarle la muerte de su mujer? Tenía muchos: ex-compañeros de trabajo, su padre, el mismo Eduardo. Valentina era el target perfecto para alguien que quisiera lastimarlo, para alguien que quisiera que las miradas como la que le dedicó la mesera fueran las únicas que recibiera por el resto de su vida. Tendría que huir, tomar el primer camión fuera de la ciudad y abandonar su vida como la conocía. No tenía opción. No podía creer que eso le había pasado a su novia, no podía creerlo, no podía... “¡Amor!” La interrupción fue como venida del cielo y por unos momentos creyó que había muerto y que Valentina le había recibido en el Paraíso, pero después volvió a la realidad y se dio cuenta de que seguía entre cuatro paredes, en la mesa del fondo, bajo el ventilador que repartía el aire flojamente, y frente a él estaba ella, sonriente como siempre, como si siguieran siendo las ocho y no cinco para las nueve. Tartamudeó algo que ni él mismo entendió y ella se sentó en la silla frente a él.

“Perdona, amor, pero fue un día horrible: me dejaron salir del trabajo justo a la hora, el autobús llegó tarde, y para colmo avenida Chapultepec estaba atascada de tráfico.” “Pero...te llamé como tres...”

“Dejé el teléfono en casa. Te digo que este día ha sido una completa pesadilla.” Ella tomó sus manos que por fin habían dejado de temblar y las apretó con fuerza. “Pero al menos ya estoy aquí contigo.”

No sabía cómo se sentía. ¿Feliz? ¿Enojado? ¿Aliviado? Él sonrió. En momentos como esos los sentimientos no importaban. Sólo importaba que ella estaba bien, con él, y que su paranoia, por el momento, había desaparecido.

Se fue con el agua

Alexander Lagunas

—Tu madre se fue con el agua— le dijo el padre lleno de lágrimas a su hija de tan sólo seis años de edad.

—¿Y cuándo regresa de visitarla? — preguntó al padre sin entender exactamente por qué su madre había partido de manera tan repentina.

El señor no pudo más que abrazar a su hija y tras unos segundos le dijo inocentemente: Tienes que convencer al agua de que deje a tu mamá regresar a casa.

Regresaron de las vacaciones con un asiento de sobra en el automóvil y cuando llegaron a la ciudad se realizó el velorio. “Tu mamá está muerta.” Le decían sus primos más grandes a la pequeña en vestido negro, pero nada de lo que le dijeron la convencía. El hecho de que no había cuerpo al cual velar sólo hacía la idea de la niña más fuerte, pues entonces; efectivamente había ido a visitar al agua y aún no regresaba de esa cita prolongada.

Los siguientes meses fueron duros para el padre. El tener que adaptarse de pronto a un mundo el cual él conocía tan solo superfluamente. Las constantes citas con psicólogos y tanatólogos hacían de la situación más sencilla de pensar, pero no más fácil de manejar.

Dos meses pasaron en esta situación en donde el padre se acostumbraba a hacer el papel de la madre y el padre. Y cuando la pequeña hacía algún comentario como: Ya quiero que mi mamá regrese porque su sopa sabe mejor. El señor no podía hacer nada más que sonreírle y contestarle en un tono burlón: mi sopa no está nada mal, amor. Más tarde se iría a su cuarto tan solo unos minutos y sus ojos se llenarían de lágrimas; silenciosas y pocas para que no se escuchara o vieran.

Los fines de semana salían a nuevos lugares. Visitaron numerosas partes de la ciudad y todas con un punto en común: Todos los lugares tenían algún cuerpo de agua. El señor accedía a llevarla al sentirse culposo de aquella mentira.

La pequeña se pondría de rodillas en frente del agua de la fuente, lago o río y platicaba con el agua unos minutos. Siempre regresaba diciéndole al papá que esa agua no sabía dónde estaba su madre. Así pasó hasta que un día encontró al líquido que conocía a la desaparecida. Habló por horas con ella y cuando regresó le dijo al padre: *La encontré*. El padre no entendió lo que le había dicho y tan solo se deprimió del estado de su hija.

Aquella noche cálida de septiembre la niña escapó de la casa, llegó al lugar después de quince minutos y saltó al agua desapareciendo.

Una semana después en el la costa de Guerrero, se encontró el cadáver de una mujer y una pequeña niña. Ambas abrazadas y con una leve sonrisa dibujada en el rostro.



Paúl Núñez

Menú

Francisco Duarte Cué

La mangaka se veía obligada a tomar el verdor del vidrio del ventanal para terminar iluminando, casi por completo, una mitad de tu cara. La otra mitad reflejaba la luz amarillenta del quinqué que estaba en la orilla de la mesa.

Inmejorable lugar para el aperitivo y los bocadillos que habían preparado esa noche.

Vino la cena y me pareció bastante buena, aunque sí noté que se te complicó escoger algo que encajara en la dieta que encaprichadamente te sigue cada que cenas fuera.

Supongo que fue la dieta misma la que te impidió llegar al postre y te inspiró a querer que fuéramos a tu casa: idea magnífica; así, yo pude irme a la mía.



Mei

Rodrigo Trujillo Lara

Fragmento de El pabellón de las cenizas

Mei-Mei se toca el pecho. Hunde la punta de sus dedos y extrae el tapón de luz candente de la tarde.

La olla de la noche escurre. De su interior salen escarabajos que caen al suelo, ruedan y hacen sombra en los rincones. Dan forma a los muebles, a la silla donde Mei-Mei se desangra esfumada por la luz. Forman el espacio en un tiempo indistinguible. Tejen nidos con arterias y cabellos.

Mei-Mei mece el sol de su ceguera. Sus manos, hechas de alas, parpadean sobre el mundo.

* * *

Mei-Mei mira la imagen de una playa en el calendario. Piensa la soledad del agua que remueve incesante la arena. Piensa en la soledad de remover incesantes palabras. Piensa incesante la soledad. Piensa.

Al acostarse, regurgita en un vaso los nombres de aquellos a quienes amó y los deja sedimentar en la noche estancada. Mei-Mei tiene miedo de saber podrida la soledad de su boca.

* * *

Mei-Mei barre pedazos de vuelo en la sombra rota de los pájaros.

Recorre el suelo acumulando miradas de arena fina,

llenando sus ojos que, alguna vez, fueron lecho rocoso del mar.

El polvo encadena a la bestia enferma y pálida de la luz, que se agazapa a sangrar tras las sillas.

Mei-Mei recoge varitas rotas de luz, las ata con un listón de mañanas rojas, con óxido de tardes alambradas.

Barre el rencor del mundo. Llevanta nubes de voces que ya nadie oye, tormentas de arena del fondo de un mar primigenio. Barre.

* * *

Con un nido de agujas en los senos. Con hilos de carbón y brizna seca. Con cascarones rotos de nombres vacíos. Así crece Mei-Mei la pulpa dulce de los pájaros. Sin estaciones.

Todo el día habla sola, cepillando un diálogo de sangre y hojarasca. Lejos, la canción de siempre.

Los ojos de Mei-Mei se calcifican al alba. Sus dedos, entonces, iluminan la partitura oculta en las entrañas del erizo.

* * *

Mei-Mei siente la tentación de preguntarse si es feliz, mientras mira a la gente que viene y va, con cosas en las manos.

Se sirve un tazón que la envuelve en vapor.

Mei-Mei sorbe la sopa, sin preguntar nada.



Yo siempre quise ser Rafael Inclán

Carlos Azar

Y yo qué culpa tengo de las pendejadas de Tuntankamen

Rafael Inclán en *Huele a gas*

Ya no podía seguir negándome. Mis alumnos universitarios se habían cansado de invitarme a ver su laboratorio final de actuación, dirección, dramaturgia, teoría teatral y producción, de la facultad de filosofía de la UNAM. Hoy sería la última función de seis. Evidentemente llegué sobre la hora y la cola para entrar a la función salía de los teatros de la facultad, cubría el largo pasillo de la dirección, la secretaría académica y el vetusto salón de maestros que tanto ha servido de cafetería como de albergue de teporochos, y terminaba en el vestíbulo conocido como *El aeropuerto*, porque todos hemos aterrizado, alguna vez, ahí: vendedores de café orgánico (sic) de la selva de Chiapas, alumnos que se mantienen vendiendo sushi, editoriales independientes en permanente feria de libro y maestros convencidos de los valores nutritivos del amaranto y, sobre todo, de la capacidad de la semilla para mejorar los sueldos magisteriales. La cola inmensa no me hizo renunciar. Me formé con más resignación que entusiasmo, pero me formé.

El teatro universitario en la ciudad nació a mediados de los cincuenta al mismo tiempo que Miguel Alemán decidió sacar a la universidad del centro para mandarla al sur, crearle su propia ciudad, construir una avenida con su nombre que nos llevara a esa ciudad y coronarla con su estatua. El teatro universitario logró aglutinar las fuerzas de los grupos que, de manera aislada, hacían teatro en las facultades. Los matorrales de Villa Coapa sirvieron de escenario, se recuperaron espacios en toda la ciudad para otorgárselos al teatro y se involucró a las familias de los alumnos con el fin de formar una comunidad. Ahora, los matorrales de Coapa son hileras de casas y tiendas de productos chinos, algunos espacios se han perdido y un tío mío confesó en una comida familiar que si una hija suya se dedicaba al teatro, la mataba.

Desde entonces, el teatro universitario ha tenido la obligación de experimentar nuevas formas escénicas, aunque ahora parece que lo que importa es enseñar a los alumnos a pedir la beca del FONCA. De

los seis laboratorios de esa generación, un grupo no había estrenado porque no tenían las micas chocolate que habían pedido; otro, no dio las primeras funciones porque la escenografía no había llegado, a pesar de la avenida alemanista y de las voluntades propias de la misma escenografía de querer llegar. El único grupo que logró dar las seis funciones es el que vengo a ver.

Sin embargo, pensé que no alcanzaría lugar. La función se daría en el escenario Justo Sierra, un teatro pequeño y circular, una mordida minúscula que la facultad pudo dar para quedarse con una parte del escenario del auditorio Che Guevara, al empezar la huelga de 1999. Así que ahora son dos teatros: el fondo del escenario para la facultad, y las butacas y el proscenio para los dueños del auditorio. *Unamo, demasiado unamo.*

En la puerta de acceso al área de teatros, me topé con el maestro que había coordinado el laboratorio. Era un polaco que había llegado a México expulsado por la dictadura de su país. Un teatrero comprometido con la educación, una fuerza de la naturaleza que inspiraba con la sola presencia. Al verme se le iluminó la cara, no por la alegría sino por haber encontrado una solución ocasional al problema que tenía:

– ¡Qué bueno que vino, maestro, lo vamos a utilizar!

Arrastraba las erres y su mirada era de ésas que convencía.

– No me ponga a actuar, maestro, por favor.

– No, ahora le cuento.

En la puerta de acceso al teatro, una multitud de inconformes se quejaba por no poder entrar. De la mano, el coordinador me hizo entrar. Agaché la cabeza para no ver las caras de reproche. En el teatro, saludé a la directora de la facultad, al secretario general y al maestro David Olguín. Antes de ocupar mi asiento, el maestro polaco me explicó:

– Con el ánimo de no perder memoria de estas experiencias, en la última función develamos placa.

– ¿De seis funciones?

– Así es –no pareció entender mi ironía–, pero uno de los presentadores no pudo venir y quisiéramos que usted ocupara su lugar.

–Con mucho gusto.

Es necesario confesar que mi carrera en el teatro se ha parecido mucho a la de un bateador emergente. Hijo de un director teatral, muchas veces terminaba dormido tras bastidores. Como deambulaba por los ensayos y las funciones, cuando un actor no aparecía, yo era el único que, además de estar disponible, se sabía el texto. Cuando el

director enfurecía porque uno de los actores no era capaz de superar las exigencias del papel, volteaba hacia las butacas y sólo yo estaba ahí. Una vez el gobierno de la ciudad nos contrató para representar un auto sacramental de Hernán González de Eslava. Lo afortunado del caso es que las seis funciones sucederían en seis altares mayores de seis templos del centro histórico: La Catedral, La Profesa, Santo Domingo, San Fernando, La Enseñanza y la Santa Veracruz. Antes de la segunda función, en la Profesa, uno de los actores decidió que era una buena idea estacionar su coche en la esquina de Madero e Isabel la Católica. Cuando le informaron que la grúa le había hecho el favor de llevárselo, tuvo la segunda buena idea de la noche: ir a recogerlo. Todavía recuerdo la cara del director cuando le avisaron que un actor había salido despavorido a recoger su coche a un corralón. Me vio y fue así como las funciones restantes utilicé el vestuario de Alberto Medinilla. En los programas he sido Rabindranath Espinosa, Juan Carlos Lugo, Matías Eslava y Socorro de la Campa; he sustituido a maestros eméritos en sus clases de teatro e incluso en una pastorela, los demás actores apostaron en los camerinos para ver si era yo capaz de sustituir a un actor y correr a manejar la música de las escenas siguientes.

– ¿Quién no vino, maestro? –esperaba oír el nombre de otro maestro de la facultad.

– El actor Rafael Inclán.

Me emocioné profundamente. Yo, el bateador emergente de la historia del teatro, me había graduado, había llegado a las grandes ligas. Me tocaba reemplazar al actor que diera vida a “Agapito López Casti”, al “Movidas”, al “Chácharas”, a “Nieven Blanco” de *Gringo mojado*. Me puse esa camiseta como si fuera una segunda piel.

La obra avanzaba sin contratiempos. Mis antiguos alumnos llegaban al final de su carrera y la coronaban con esta obra. Yo los veía con orgullo. No con el del maestro que veía a sus chicos crecer, sino porque yo encarnaba a aquel que había sufrido la quincuagésima quinta reencarnación de Tutankamen (sic) en *Huele a gas*. Al finalizar vinieron los discursos: el del maestro polaco, que le pidió a la directora de la facultad asientos más cómodos y mejor equipo; el de la directora de la facultad, que le preguntó al maestro polaco si estaba loco. Y finalmente, la develación de la placa: David Olguín y yo, en el papel de Rafael Inclán, al escenario. Nuestras palabras fueron breves porque la ceremonia había durado demasiado y lo importante era develar la placa

y repartirle a cada participante su minúscula placa correspondiente. Yo pensé en un par de albures pero no era el momento.

El fin de fiesta fue emotivo. Todos rompimos filas y empezaron los abrazos y las lágrimas. Una antigua alumna me presentó a su madre quien, conmovida, me pidió que felicitara al maestro Inclán por haber tenido el buen tino de haberme nombrado su representante. Le dije que el orgulloso había sido yo. Y era verdad. Siempre me ha sorprendido que cuando la gente habla de sus reencarnaciones, nunca son personas comunes sino emperadores y grandes personajes históricos. Ese día sentí la cercanía de un faraón egipcio, aunque haya sido reemplazando a su quincuagésima quinta reencarnación en el escenario Justo Sierra de la UNAM.



Artists 4 Israel, una conversación con Craig Dershowitz

Cecilia Durán Mena

¿Quién es Craig Dershowitz?

Craig Dershowitz odia ser llamado Craig Dershowitz allí es algo así como pretencioso. Craig es el papá de un bebé de 10 meses, el marido de una increíble mujer y un sujeto honrado que ha tenido la suerte de generar confianza en algunos de los más dotados artistas que se han querido involucrar en proyectos magníficos cuyo propósito es ir ayudando a otros a derramar belleza tanto física como espiritual. En fin, soy yo, Craig padre, marido y entusiasta del arte.

¿Qué es lo que haces?

Soy el presidente de *Artists 4 Israel*, una organización que detiene la propagación del fanatismo antiisraelí a través del arte y ayuda a sanar a las comunidades y a las personas afectadas por el terrorismo y el odio. *Artists 4 Israel* cura una red internacional de artistas contemporáneos dedicados a proyectos de impacto social en Israel y en todo el mundo. Es un gran placer haber trabajado con más de ocho mil artistas en proyectos de todo el mundo. Nuestros artistas han pintado refugios de bombas con murales gigantes, cubierto las cicatrices de las víctimas terroristas con tatuajes, creado un programa de terapia de arte que previene la aparición de nuevos casos de odio.

¿Cómo te interesaste en estos temas?

Hay tantos temas importantes en el mundo que es difícil elegir sólo uno o dos. Apoyar a Israel – y hacerlo a través de las artes – es una manera de brindar apoyo a una serie de cuestiones sobre las que me preocupó. Israel es un líder en el descubrimiento científico y médico, tiene una actitud progresiva sobre los derechos de las mujeres y los derechos de LGTBQ, entre otros. Hay tantas cosas que se benefician cuando uno ayuda a Israel.

¿Cómo se convirtió el arte en una herramienta para el cambio social?

Si te gusta en el *Guernica* de Picasso o *El grito* de Münch, vemos que el arte ha sido utilizado incluso por los grandes maestros para expresar un punto de vista político con el objetivo de crear un cambio en la percepción e, idealmente, la acción. Creo que tales movimientos eran populares ya en los dibujos de la cueva, jeroglíficos e, incluso en la narración preescrita y cuentos populares. El arte es una necesidad en todos nosotros de expresarnos y nosotros, como individuos en evolución, estamos expresando el cambio. Si ese cambio es bueno o malo o uno con el que estemos de acuerdo o en desacuerdo es la pregunta más grande.

¿Qué es la tinta curativa?

Artists 4 Israel Healing Ink es la tinta de sanación de Israel que cubre las cicatrices de los sobrevivientes de terror y héroes de guerra con tatuajes para que puedan reclamar su cuerpo y seguir curando física y emocionalmente.

¿Cuáles son los kits de arte de curación?

Los kits de Artes de curación, diseñados por *Artists 4 Israel*, son un botiquín de primeros auxilios psicológicos de emergencia diseñados para frenar o detener la aparición de nuevos casos de trastorno de estrés postraumático.

¿De dónde vino esa idea?

Los kits de Artes de Curación fueron creados por Jef Campion. Jef fue bombero de día y artista callejero por la noche. Durante 9/11, Jef estuvo realizando muchas operaciones de rescate en las torres. En un momento, mientras brindaba ayuda a un hombre físicamente herido, vio a un niño pequeño, sin heridas, pero en estado de shock. Las reglas dicen Jef debía seguir ayudando a la que estaba en mayor peligro, pero la mirada de trauma en el rostro del niño le atrapó. Se dio cuenta de lo aterrizado de su mirar y de cuán terrible fue la situación para ese pobre niño. Jef quería crear algo que pudiera distraer a otro niño en la misma circunstancia y tener cualidades curativas también.

¿Cómo se ha recibido?

Han sido un gran éxito. Originalmente, fueron concebidos para ayudar a los niños israelíes que vivían bajo cohetes y otros ataques terroristas, se expandió a otros usos para los niños en las crisis. Desde entonces, se ha convertido en una herramienta fuera de Israel, ayudando a personas de todo Estados Unidos que sufren de delincuencia y violencia.

¿Cómo esperas ver que la organización evolucione en los próximos años?

El arte sobre el odio, el arte por encima del odio -que es el modelo de los *Artists 4 Israel*- y esperamos seguir para encontrar maneras en que nuestras formas de arte elegidas puedan superar la división y el conflicto.

¿Son sus nuevas iniciativas o proyectos que esperas presentar?

Artists 4 Israel trae graffiti, tatuajes, diseñadores de juguetes y fabricantes de moda urbana a todo el mundo para beneficiar a los necesitados. Estamos constantemente considerando nuevas formas de arte y cómo esos medios podrían beneficiar directa e inmediatamente a las personas en necesidad.

¿Por qué es importante utilizar el arte como transformador?

El arte es democrático. Como tal, se convierte en una herramienta importante y poderosa para la transformación social. Porque todo el mundo puede crear arte y casi cualquiera puede acceder a él, es la voz y la voluntad de la gente. No se puede detener y no se puede controlar.

¿Puede el arte ser un punto de curación? ¿Uno de verdad?

Nuestra iniciativa de arte sobre la guerra, la tinta de sanación y los kits de artes curativas, tiene como objetivo era que el arte cura. Esperamos que sane a las personas, sane a las comunidades y sane a la sociedad. Con cada programa, hemos visto un éxito continuo y creciente. Hemos presenciado la curación artística y la hemos visto vencer incluso el terrorismo y las formas más horribles de odio.

¿Qué te inspira a hacer esto?

No diría que estoy inspirado para hacerlo. De hecho, a menudo puede ser una misión solitaria y agotadora. En cambio, yo diría que no tengo otra opción que hacer esto. Me siento obligado por mis mejores ángeles y me exijo usar los dones que me han dado – increíbles artistas y una visión del poder que producen – para ayudar tanto como sea posible.

¿Por qué es importante difundir su propuesta?

Desde una perspectiva muy egoísta, me gustaría hablar de los *Artists 4 Israel* para responder a esta pregunta. Israel es una palabra politizada y una cuestión de botón caliente. Muchas personas se apagan cuando escuchan nuestro nombre y eso es una vergüenza porque les impide comprender nuestra misión: una misión que creo que apoyarían si se hubieran tomado el tiempo para entenderla. Son oportunidades como ésta en la que gracias a *Pretextos literarios por escrito* podemos hablar más directamente a los lectores, pensadores, artistas y gente de buen corazón para que puedan ver que el poder transformador del arte no es una cuestión que se debe ignorar debido a los sesgos preconcebidos. En fin, creo que el arte cura. Gracias por tomarnos en cuenta.



Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Mesa de Edición y Arbitraje

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Yamil Narchi Sadek
Andrea Fischer

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Andrea Fischer

Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Fotografía de portada

Epifenómeno I de Andrea Fischer

Radio

Conducción: Cecilia Durán Mena,
Juan Carlos Padilla Monroy y Raúl Sanz Suárez

Producción: María Inés Rendón de Jesús B.,
Lorena García Pérez, Iris Morales Adame,
Abril Nava Hernández,

Redes Sociales:

María José Canto, Natalia Figueroa,
Carolina Grimaldi, Ginger Jabbour

Digital

www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número diecinueve. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.

Circulación Abril-Mayo de 2019.

EJEMPLAR GRATUITO



**Estamos empeñados
en atrapar lectores...**

para **NUNCA** dejarlos ir



**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**

www.porescrito.org

Ultimátum

Ya se lo recuerda con trabajo. Tal vez se lo quisiera olvidar.

Será imposible, entre sus váguidos y sus titubeos, abrió la salida al porvenir, puso en marcha el pensamiento, propuso interrogaciones y emprendió promesas atajadas por la discordia, habrá que reatar el carro de tiempo.

A la hora del examen de conciencia —esa media noche del espíritu en que quisiéramos comenzarlo todo de nuevo— el faro de la etapa simbólica todavía puede iluminarnos.

Alfonso Reyes

El pasado inmediato
(Fragmento)



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir